

PUNTO ROJO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T **POLICIAO**

SENTENCIADA A MATAR

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**SENTENCIADA
A MATAR**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.170
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

1ª edición: enero, 1985

1ª edición en América: julio, 1985

© Clark Carrados - 1985
texto

© Archivo Bruguera - 1985
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en España - Printed in Spain

ISBN: 84-02-02520-X

Déposito legal: B 40.308- 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR
EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN:

Servicio Secreto
Punto Rojo
Bisonte Serie Roja
Búfalo Serie Roja
Selección Terror
La Conquista del Espacio

CAPÍTULO PRIMERO

La joven se hallaba sentada en un alto taburete, junto al mostrador, iluminado en rojo. La concurrencia era extraordinaria. A veinte pasos escasos, se hallaba la pista de baile, donde una multitud se agitaba frenéticamente, al ritmo de la música que vomitaban lo que parecían millares de gigantescos altavoces.

Los barmen se afanaban continuamente en servir bebidas de todas clases. En algunos rincones, parejas se acariciaban lascivamente, sin preocuparse en absoluto de las miradas de los demás.

Había divanes en rojo, donde también se sentaban parejas y no siempre de distintos sexos. El humo del tabaco y de otras hierbas invadía la atmósfera, haciéndola casi irrespirable a pesar de que el sistema de renovación de aire funcionaba al máximo de potencia.

Ella tenía las piernas cruzadas y seguía displicentemente el ritmo de la música, golpeándose una rodilla con la mano. Vestía un traje negro, con un profundo escote que separaba los senos, redondos, perfectos, y que le llegaba hasta más abajo del estómago.

Él vestido estaba abierto por el lado izquierdo casi hasta la cintura. Las medias, en realidad un complet, eran asimismo negras, como el gran bolso de fuerte y brillante cuero negro que pendía por una correa de su hombro izquierdo.

El rostro era muy blanco, espesamente maquillado, lo mismo que los labios, aunque éstos en un rojo tan oscuro, que casi parecía violáceo. El pelo formaba una especie de colosal aureola de minúsculos rizos en torno a su cabeza. Sonreía constantemente, enseñando unos dientes de blancura absoluta.

El hombre se le acercó de pronto, sonriendo un tanto estúpidamente. Era de mediana estatura y rostro redondo y grasiento. De su boca de labios gruesos, casi porcinos, pendía un cigarrillo.

Se inclinó hacia la chica y le dijo algo. Ella, con la mano izquierda, se señaló el oído, como diciendo que el estridor de la música le impedía escuchar lo que le decían.

El hombre se acercó más todavía y le dijo algo con la boca pegada a la oreja. Ella pareció sorprenderse en el primer momento, pero luego se echó a reír.

—Entonces... ¿no? —dijo él, con aire decepcionado.

—Veremos... más tarde —contestó la chica—. Ahora estoy bien aquí; hay un ambiente estupendo.

El estruendo de la música se había atenuado un tanto. El hombre hurgó en sus bolsillos, pero no encontró lo que buscaba.

El *disc jockey* introdujo una nueva pieza, que parecía compuesta a base de descargas de artillería, mezclada con voladuras de casas por la dinamita.

—¿Quieres fuego? —preguntó la chica, señalando el cigarrillo apagado del hombre.

Éste asintió.

—Creo que he olvidado el encendedor en alguna parte...

Ella le hizo acercarse con una mano, hasta que el pecho masculino quedó rozando casi el suyo. Entonces, la chica metió mano en su bolso.

Con la izquierda, hizo girar hacia arriba un disco de metal, que parecía un adorno del bolso. Abrió éste con la mano derecha, mientras miraba al hombre sin dejar de sonreírle.

El disco de metal ocultaba un pequeño orificio, por el que, de repente y muy seguidas, salieron tres balas. El fragor de la música y de las conversaciones a gritos, apagaron el pequeño ruido que hizo la pistola provista de silenciador.

En el rostro del hombre apareció una expresión de sorpresa infinita. Abrió la boca y el cigarrillo se desprendió de sus labios.

Luego, con mano titubeante, trató de agarrarse al mostrador, pero ya no tenía fuerzas para sostenerse y se deslizó lentamente, hasta quedar sentado en el suelo, sobre sus talones, con las rodillas dobladas, y la cabeza apoyada en el mostrador.

Algunos le vieron caer y se echaron a reír. La chica desmontó ágilmente del taburete.

—Está borracho perdido —dijo, despectiva—. O quizá tiene algo peor que una borrachera...

Uno de los barmen se inclinó a través del mostrador, vio al sujeto, que parecía dormir, y meneó la cabeza con claro aire de disgusto.

—Hay gente que no debería salir de casa sin niñera —se quejó.

En el local había un servicio de orden. El barman llamó a dos de los hombres con un gesto de la mano.

—Eh, vosotros, a ver si me quitáis de en medio este odre de vino con aspecto humano.

Los vigilantes se inclinaron sobre el caído. Fue al moverlo, cuando le vieron la pechera de la camisa llena de sangre.

—¡Dios, está muerto! —exclamó uno de ellos.

Una chica vio la sangre y lanzó un chillido aterrador. La noticia se propagó con la velocidad del relámpago y se produjo una estampida humana, en busca de la salida del local y para evitar complicaciones con la policía.

La chica del peinado aparatoso había desaparecido mucho antes.

Al día siguiente, un tal Murphy D. Nolan, recibió una carta singular. Cuando la leyó, creyó que soñaba y tuvo, que releerla otra vez, a fin de convencerse de que las líneas mecanografiadas que tenía ante sus ojos no eran producto de una ilusión de su mente.

La carta decía:

«¿Le gustaría deshacerse de su socio Joshua Evney? Usted sabe muy bien que, además de engañarle en el negocio, le engaña también con su mujer. Pero no se atreve a matarlo, aunque desea su muerte fervientemente, porque teme ir a parar a la cárcel. Yo puedo solucionarle ese problema rápida, eficiente y discretamente, sin que nadie pueda relacionarlo con él. Ni siquiera tendría que ausentarse de la ciudad algunos días, para probar una coartada. Bastaría con que hiciera su vida normal, mucho más satisfactorio para la policía que un viaje imprevisto, siempre sospechoso.

»La muerte de Evney no le saldría barata, cierta mente, veinte mil dólares, pero es más lo que está

perdiendo día a día, con los juegos malabares que él hace con los libros. Y, además, está el asunto de la encantadora pero casquivana señora Nolan.

»Si acepta esta proposición, publique un anuncio en la sección de “Personales” del Sentinel. Diga, simplemente: “Mary ha tenido un niño precioso”, y recibirá nuevas instrucciones».

La carta resultaba un tanto prolija, pero Nolan comprendió, más tarde, que era preciso impresionarle. Por el momento, sin embargo, se dedicó a rumiar la cuestión.

Era cierto: Evney lo engañaba por partida doble, con su esposa y con los libros. Nolan se sabía experto para los negocios, aunque un tanto débil de carácter. De lo contrario, ya habría terminado con aquella humillante situación mucho tiempo antes.

Lo peor de todo era que estaba locamente enamorado de su esposa y, en su fuero interno, pensaba que ella se había dejado seducir por el carácter abierto y extrovertido de Joshua Evney, además de por su indudable apostura. Pero si Evney desaparecía, el espejismo se rompería y ella volvería a ser la esposa amante y fiel que siempre había sido.

Nolan meditó largamente el asunto. Al tercer día, hizo publicar el anuncio.

Cuarenta y ocho horas más tarde, recibió una segunda carta. Hombre observador, no dejó de notar que estaba escrita en distinto papel y con otro tipo de letra mecanográfica.

La carta contenía las instrucciones esperadas:

«Gracias por haber aceptado mi oferta. A los siete días de la desaparición de J. E., usted, al salir de su oficina, se dirigirá al parque de Seaview Point. En el maletín llevará un paquete hecho con papel corriente de envolver, dentro del cual estarán los veinte mil dólares requeridos y que dejará caer en el surtidor de la ninfa que derrama agua con un ánfora. No se preocupe si el paquete se moja; simplemente, sitúelo en dirección Oeste, es decir, hacia el mar.

»Obviamente, espero que usted cumpla su parte del

pacto. Si no fuera así, la señora Nolan se quedaría viuda muy pronto, puede tenerlo por seguro».

Nolan inspiró con fuerza. Veinte mil dólares, se dijo, eran un precio casi ridículo por librarse de su odiado socio.

La rubia vestía con discreta elegancia y parecía algo tímida. Joshua Evney la estudió muy discretamente y no tardó en llegar a una conclusión: era una forastera en la ciudad y buscaba trabajo, con toda seguridad.

La joven estaba muy entretenida tomando un pedazo de tarta con una taza de café. Evney se acercó a ella y le hizo algunas corteses preguntas.

—No, no tengo trabajo y ni siquiera he tomado una habitación en ningún hotel —respondió ella—. Acabo de llegar y me siento un poco desconcertada...

—Quizá yo pueda ayudarla, señorita...

—Williams, Mary Williams —se presentó ella.

—Joshua Evney —dijo el hombre—. Soy copropietario de una empresa de cierta importancia y siempre andamos algo escasos de personal...

—¿De veras me dará un empleo? —dijo Mary ansiosamente—. Oh, no sabe cuánto se lo agradecería, señor Evney.

—Bueno, quizá pueda arreglarse... —Evney carraspeó para aclararse la garganta—. Parece que tiene apetito —observó.

—Un poco —admitió ella con timidez—. Pero ando escasa de numerario...

—¿Me permite que la invite a cenar, señorita Williams?

Mary, después de unos remilgos, acabó por aceptar. También, cuando, terminada la cena, él le propuso alojarse en su propia casa, accedió, no sin dirigirle una húmeda mirada de agradecimiento.

El equipaje de la chica consistía en una pequeña bolsa de viaje, de color negro, que Evney, galante, colocó en el asiento posterior del coche. Luego guió el vehículo hacia su casa.

Poco más tarde, notó cierta pesadez mental.

Parpadeó varias veces.

—Menos mal que estamos llegando a casa —murmuró.

—Tiene sueño —dijo Mary—. Sin duda, trabaja con exceso...

Evney se maldijo a sí mismo por el torpor que le invadía de

forma irresistible. Había hecho una conquista y se pasaría la noche durmiendo como un lirón... La cena, regada con un buen vino, había sido copiosa, se dijo, para disculparse a sí mismo.

Con grandes dificultades llegó a su casa y metió el coche en el garaje, con puerta de apertura automática. Apenas había cortado el contacto, se quedó dormido como un tronco, en el mismo asiento.

Mary Williams sonrió satisfecha. Había sabido graduar bien la dosis de narcótico. Evney dormiría profundamente, pero ya no despertaría.

Salió del coche y, de la bolsa de viaje, extrajo una blusa azul oscuro y unos pantalones negros. Una peluca de color castaño y melena a lo paje cubrió sus cabellos rubios. Sus ojos quedaron cubiertos por unas grandes gafas, de cristales levemente coloreados.

El vestido que llevaba era muy fino y cabía perfectamente en el bolso de mano, en el que también, convenientemente plegada, metió la bolsa de viaje.

Había llevado guantes en todo momento, de modo que no temía dejar huellas. Encendió el motor y aguardó unos momentos. Cuando vio que funcionaba satisfactoriamente, apagó todas las luces y buscó la salida.

El monóxido de carbono, en un espacio cerrado, haría su fatídica tarea. Nadie sospecharía de Nolan; todos pensarían que su socio había sido muy descuidado, al dormirse en el garaje, con el motor en marcha.

La señora Nolan se cuidó muy mucho de demostrar un dolor excesivo por la muerte de su amante. El señor Nolan, siete días más tarde, dejó en el lugar indicado un paquete con veinte mil dólares.

CAPÍTULO II

Roger Day, sargento de la División de Homicidios, dormitaba en su oficina, con los pies apoyados en el escritorio. Tenía las manos cruzadas sobre el estómago y disfrutaba beatíficamente de aquellos raros minutos de tranquilidad que, en ocasiones, se producían en su despacho.

De pronto, alguien le dio un manotazo en los pies, haciendo que se posaran en el suelo. Day despertó sobresaltado.

—Eh, qué diablos...

—Despierta, Bello Durmiente —le apostrofó el sargento Weber—. La teniente Baxter quiere verte inmediatamente.

—No he pedido ningún anticipo ni he defraudado al Departamento en mis notas de gastos —protestó Day.

—¿Has estado en la Luna? —dijo Weber irónicamente—. ¿No te has enterado que ahora es nada menos que el jefe de la tercera brigada de Homicidios?

Day abrió la boca estúpidamente.

—Eso no puede ser...

Weber se inclinó hacia adelante y bajó la voz.

—Por ahí se rumorea que estaba a punto de destapar un ataúd lleno de podredumbre. Era el mejor jefe administrativo que tuvo jamás el Departamento y estaba poniendo orden en la contabilidad. Pero alguien, situado en un puesto muy elevado, ha querido evitarlo y la ha desplazado a Homicidios. Para mí... —Baxter bajó aún más la voz—, simplemente, quieren que fracase.

Day también había oído rumores en tal sentido y asintió.

—A veces pienso que en este Departamento, más que una escoba, haría falta un barril de cianuro —dijo.

—Lo mismo pienso yo, pero no podemos decirlo públicamente. Bien, ella se sentirá impaciente porque estás tardando demasiado... y procura disculparte. Al pasar por aquí, te ha visto durmiendo,

Roger.

—Me he pasado casi toda la noche detrás de Monk Horeman. He conseguido datos muy importantes. Casi puedo decir que lo tengo agarrado por el pescuezo. Vine solamente para redactar el informe, que ya debe de estar sobre la mesa del jefe...

Weber cortó las protestas de su colega con una risita.

—El jefe es ahora ella, no lo olvides —dijo.

Resignado, Day se puso en pie y arregló un poco el desorden de sus ropas.

—No la he visto nunca —murmuró—. Será una tía gorda y culona, con lentes de fondo de vaso y puede que hasta padezca hirsutismo...

—¿Qué es hirsutismo? —preguntó Weber.

—Exceso de vello en las mujeres. Vamos, que tendrá un bigote como el de un cabo de granaderos.

De pronto, Weber señaló el interfono del joven. Day se apresuró a bajar la palanquita.

—¡Dios mío, estaba abierto! —Se aterró.

—Si ella no tenía abierto el suyo...

Day abandonó su acristalada oficina y se encaminó hacia la puerta del fondo. El rótulo había sido cambiado y ahora, en brillantes letras doradas, decía:

TENIENTE L. J. BAXTER

Tocó con los nudillos a la puerta.

—Entre —dijo la policía desde el interior.

Day cruzó el umbral, dio un par de pasos y se quedó parado en el acto, como si le hubiesen atornillado los pies al suelo.

—Pase de una vez y cierre la puerta —dijo la teniente Baxter.

Day hizo ¡glub!, sin poder evitarlo. Delante de él, había una joven alta, esbelta, en pie frente a su mesa de trabajo y con unos papeles en las manos. El pelo, negro, estaba severamente peinado y permitía ver una garganta de cisne y las orejas, adornadas con unos pendientes que no eran sino unas simples perlas, de pequeño tamaño.

La blusa de uniforme, de manga corta, encerraba un pecho de líneas clásicas y firmes contornos. El único adorno, aparte de los pendientes, era un reloj de oro, aunque con correa de cuero negro.

—Siéntese, sargento —añadió ella.

—Sí, señora.

Ella era muy joven. Day calculó que no tendría más de veintiséis años. ¿Cómo había alcanzado tan pronto el grado de teniente?, se preguntó.

Sentado, esperó pacientemente a que ella terminase de leer los documentos que tenía en las manos, con la ayuda de unos elegantes lentes de montura de oro. Al cabo de unos minutos, la joven se quitó las gafas, se sentó en su sillón y cruzó las manos. Las uñas, observó Day, estaban muy bien cuidadas, pero con su color natural.

—Sargento, mi nombre es Lilian Josephine Baxter, por si no lo sabía —dijo—. Hasta ahora, era el jefe administrativo. Ahora me han nombrado para dirigir la tercera brigada de Homicidios.

—Acaban de darme la noticia, señora —declaró Day—. La... la felicito.

—Gracias, sargento. Acabo de leer su informe sobre Monk Horeman. Siento decirle que debo apartarlo del caso. Oh, no es porque no lo esté haciendo bien, sino porque tenemos otro más importante entre manos.

—Sí, señora.

—El sargento Weber proseguirá con el asunto Horeman. Usted se ocupará del caso de ciertos asesinatos misteriosos, cuyo autor resulta hasta ahora absolutamente desconocido para el Departamento. Por supuesto, me tendrá informada en todo momento de los progresos que pueda realizar, llamándome, si es preciso, a mi domicilio particular, cuyo teléfono le daré inmediatamente. ¿Está claro?

—Sí, señora.

Lilian agarró una carpeta que había sobre la mesa y se la entregó a su subordinado.

—Aquí tiene todos los informes conseguidos hasta ahora de ese caso —indicó—. Estudie el *dossier* a fondo y empiece a trabajar cuanto antes. Tiene experiencia y no es preciso que le diga lo que debe hacer.

—Gracias, señora.

—Eso es todo, sargento. Ah, en lo sucesivo, no quiero verlo dormido en su despacho.

—Disculpe, teniente, pero he estado en pie hasta las cinco de la

mañana, siguiendo a Horeman. Apenas he dormido un par de horas y no quise retrasar mi llegada a la oficina, para tener el informe listo.

—Oh, dispéñseme usted. No lo sabía, sargento.

—No se preocupe. ¿Algo más, teniente?

Lilian hizo un gesto negativo. Day se puso en pie y, con la carpeta bajo el brazo, se encaminó hacia la salida.

Cuando iba a abrir, Lilian lo llamó:

—¿Sargento?

Day se volvió.

—Sí, señora.

—No soy gorda, culona, no uso lentes de fondo de vaso y no padezco hirsutismo. Vamos, me parece a mí —dijo ella, con una ligera sonrisa en unos labios que debían muy poco al lápiz rojo.

Day se puso colorado hasta las orejas.

—Señora, en estos momentos, me siento como en ciertos chistes, es decir, infinitamente pequeño y deseando que se me trague la tierra. Me fui de la lengua, lo admito y le pido perdón.

—Está bien, no se preocupe, sargento. Vaya y ponga manos a la obra cuanto antes.

—Gracias, teniente.

Al salir, lanzó un enorme «¡uf!» de alivio. Sudaba y tuvo que secarse la frente con un pañuelo.

Weber acudió poco después a su despacho y se sentó confianzudamente en un ángulo de la mesa.

—¿Qué te ha parecido *Miss* Policía? —preguntó con cierto retintín irónico.

—Es verdaderamente guapa, pero, me parece, tiene un carácter de hierro —contestó el joven.

—Sí, y precisamente por eso la han arrojado del departamento administrativo. Quieren que fracase, ya te lo he dicho antes.

—¿Sólo porque es honesta?

—Verás... Algunos dicen que fue una niña prodigio, aparte de que en su casa están en muy buena posición económica. No tendría que trabajar, si no lo deseara, pero el caso es que ingresó en el Cuerpo a los dieciocho años. Continuó sus estudios sobre economía y altas finanzas y se graduó tres años después con las mejores calificaciones. Entonces, ascendió a sargento y dos después, logró el

doctorado. Casi automáticamente, la ascendieron a teniente y, hasta ahora, como ya te has enterado, era la jefa administrativa. Por eso la han enviado a Homicidios.

—¿Sólo porque es guapa y una lumbrera intelectual, además de proceder de una familia de buena posición social?

—Eso es sólo parte de los rencores que más de uno sienten hacia ella. En un año, puso en orden el departamento y, se dice, estaba ya a punto de destapar el pastel, cuando alguien, que puede hacerlo, la catapultó a Homicidios, donde no tiene ninguna experiencia y es seguro su fracaso.

—Ese alguien, supongo, estará implicado en el caso de corrupción —apuntó Day.

—En todo caso, se ha librado de las investigaciones que podrían comprometerle. El nuevo jefe administrativo será más dúctil, más maleable... En fin, ¿a qué seguir?

—Sí, vale más no pensar en ello. Si necesitas algún dato suplementario en el caso Horemán, dintelo, Hank.

—Gracias, Roger —se despidió el sargento Weber.

Al quedarse solo, Day abrió la carpeta y se enfrascó en el estudio del *dossier* referente a unas muertes misteriosas, sobre cuyo autor no existía la menor pista.

Gitta Warner tenía una *boutique* donde se vendía lencería fina para señoras. Era una mujer hermosa, aunque quizá su rostro no pudiera considerarse como bello, según los cánones clásicos, pero la simpatía y el don de gentes la hacían parecer sumamente atractiva en todo momento, aparte de ciertos encantos corporales que atraían indefectiblemente las miradas de los hombres y provocaban la envidia de muchas mujeres.

Aparte de vender prendas elegantes y de lujo, Gitta tenía muchas relaciones de cierta clase. Day lo sabía y por ello encaminó sus pasos hacia la tienda, que respondía al agradable título de *Splendor's*

. La dueña estaba atendiendo a una cliente de más de cien kilos de peso y, al ver a Day, le dirigió una cálida sonrisa.

Gitta dejó a la obesa cliente al cuidado de una de sus dependientas y se acercó al joven.

—¿Puedo servirte en algo, Roger?

—Necesitaría hablar contigo. A solas, Gitta.

Ella consultó su reloj de pulsera.

—Vuelve dentro de una hora, cuando vaya a cerrar —indicó.

Day lo hizo así. Al regresar, las dependientas se marchaban ya y la dueña se disponía a echar el cierre.

—Pasa a mi despacho, Roger.

Gitta cerró todo, conectó los sistemas de alarma y se en camino a su despacho privado, agradablemente decorado y con una de sus paredes sustituida por unos enormes cortinajes de terciopelo rojo y muy espeso.

—Te serviré algo de beber, Roger.

—Gracias, encanto. ¿Cómo van los negocios?

—No puedo quejarme. Hago progresos.

—Y ya no has tenido más problemas.

Gitta sonrió a la vez que entregaba una copa a su visitante. Tiempo atrás, Day la había librado de unos tipos que querían cobrarle «protección», y lo había conseguido por procedimientos nada ortodoxos, pero altamente efectivos.

—Le paraste los pies a Ben Boy Tipton y comprendió que le valía más perder cien dólares semanales, que no buscarse conflictos con vosotros —respondió.

—Te felicito —sonrió él—. ¿Podemos hablar sin prisas?

—Tengo todo el tiempo que quieras —accedió ella—. ¿De qué se trata?

—Varias personas, todos hombres, excepto una mujer, han sido asesinados misteriosamente, sin que se tenga la menor pista del autor. Se supone que se trata de crímenes ejecuta dos por un asesino profesional, a sueldo, claro, aunque con una enorme habilidad para no dejar el menor rastro. El último de esa siniestra lista es un tal Joshua Evney. Aparente mente, se durmió en el garaje con el motor en marcha de su automóvil, pero se sospecha fundadamente que es otro crimen de ese desconocido asesino.

—He leído los periódicos, en efecto —admitió Gitta.

—¿Has captado algo?

—Rumores, pero muy vagos. Casi no merece la pena...

—Por favor, Gitta.

—Perdona, Roger, pero no quiero decirte nada, hasta que sepa algo más concreto. Te aprecio mucho y me disgustaría que tuvieras

un resbalón por mi culpa.

—Está bien —sonrió él—. Me gustaría que me dijeras otra cosa, si puedes.

—Habla —invitó Gitta.

—¿Qué hay de cierto en algunos rumores sobre corrupción en el Departamento de Policía? ¿Has oído algo?

Ella se puso seria de repente.

—Al ganar las elecciones, el alcalde, como es lógico, nombró un nuevo comisario, un hombre enérgico y honesto, que es lo que esperaba todo el mundo. Pero también nombró un supervisor especial, una especie de delegado personal, con facultades para inspeccionarlo todo. Ahí está el meollo de la cuestión, Roger.

—¿Te refieres al supervisor West?

—Sí, al mismo. No se dice en público, pero yo sé que se relaciona con Ben Boy Tipton. Sinceramente, yo no me fiaría de un cargo público que tuviera relaciones con un hombre importante del hampa. Pero eso es todo lo que sé, te lo aseguro.

Day terminó su copa y sonrió.

—Te lo agradezco infinito, Gitta. Volveré otro día...

—Aguarda un momento —pidió ella.

Presionó un botón sobre su mesa y los cortinajes se deslizaron silenciosamente. Una enorme habitación, decorada en rojo oscuro y oro, apareció ante los asombrados ojos del joven.

El lecho, colosal, con un cobertor a juego con la decoración, se hallaba en uno de los lados. En el opuesto se velan una mesa y un par de sillas. Sonriendo satisfecha, Gitta cruzó la entrada y se acercó a una de las paredes. Presionó otro botón y una puerta, disimulada en la pared, giró a un lado, dejando a la vista un gran frigorífico, provisto de toda clase de alimentos.

—A veces, me quedo aquí por necesidad del trabajo, ya que me da pereza irme a casa —explicó—. Nunca me falta algo de comida fría... y champaña, por supuesto.

—¿Y...? —dijo él.

—¿Te apetece una cena fría? Nadie nos molestará, te lo aseguro.

Mirándola de un modo muy especial, Day avanzó hacia la mujer y le puso las manos en la cintura.

—La cena fría, ¿antes o después? —consultó.

Gitta, con el tacón, cerró la puerta del refrigerador.

—Los fiambres pueden esperar un poco más —dijo ardorosamente, a la vez que le echaba los brazos al cuello.

CAPÍTULO III

Day llegó por la mañana a su despacho y repasó algunos papeles que tenía encima de la mesa. El zumbador del ínter fono sonó a los pocos momentos.

—¿Sargento Day?

—Sí, señora —contestó el joven.

—Haga el favor de acudir a mi despacho —ordenó Lilian.

—Al momento, señora.

Day se levantó, cruzó la gran sala, donde funcionarios de ambos sexos se afanaban en diversas tareas, y llamó a la puerta de la teniente Baxter. Cuando ella dio permiso, abrió y cruzó el umbral.

—Buenos días, teniente —saludó, cortés.

Lilian estaba leyendo unos documentos, pero los dejó enseguida a un lado y agitó una mano brevemente.

—Siéntese, sargento.

—Gracias, señora.

—Voy a hacerle una pregunta y espero una respuesta sin cera. Odio la doblez y el engaño, ¿me ha entendido?

—Sí, teniente.

—¿Qué hacía usted ayer, a las seis de la tarde, en Splendor's?

Day respiró, pillado completamente por sorpresa.

—¿Ha ordenado que me vigile alguien de Asuntos *Inter nos*? —preguntó, muy tieso.

—No; lo vi yo en persona.

—¡Caramba, nunca pude imaginar...! Pero yo no la vi a usted, teniente.

—Estaba en un probador, probándome unas prendas... intimas. Entreabrí la puerta, para llamar a la dependienta, lo vi a usted con la dueña. ¿Sabía que Gitta Warner es una alcahueta?

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Le seré sincera, puesto que se lo exijo a usted. Hace algún tiempo fui a comprar algo de ropa y me atendió la propietaria en persona. Hizo elogios de mi físico... Bueno, no voy a entrar demasiado en este aspecto, que carece de interés. Ella no me conocía, claro; de otro modo, no se habría atrevido a hablarme como lo hizo.

—¿Qué le dijo? —inquirió Day.

—Pues... tras algunos rodeos y con muchas más palabras de las que yo estoy empleando, vino a decirme que si un día tenía problemas digamos económicos, ella conocía a Caballeros muy discretos, que se sentirían grandemente satisfechos de ayudarme a solucionar mis problemas. ¿Lo entiende ahora?

—Desde luego, teniente.

—Por eso le pregunté qué hacía allí, con semejante alcahueta...

—Usted también estaba —contraatacó él.

—Como cliente, simplemente. Y ella ya sabe que no pue de contar conmigo para cierta clase de contactos. Incidental mente, tiene mucho gusto en todo lo que vende; por eso voy allí a comprar algo de ropa. Pero en

Splendor's

no se venden prendas de caballero.

—Si quiere que le sea sincero, sí, sabía que Gitta proporciona contactos. No es que sea una profesión demasiado elogiabile, pero tampoco es para condenarla a lapidación. Además, y precisamente por lo mismo, ella conoce a mucha gente y oye cantidad de rumores. Por eso fui a verla.

—¿Nada más? —Lilian parecía sorprendida—. ¿Puedo calificarla, además, de confidente nuestro?

—Si lo prefiere así...

—Está bien. Creo que he sido demasiado impulsiva. Le ruego me perdone, sargento.

—No tiene por qué disculparse, teniente. Pero quizá, esa visita, me ha proporcionado ciertos datos que pueden hacerla pensar mucho a usted.

—¿De veras?

—El supervisor West tiene relaciones, muy discretas, por supuesto, con Ben Boy Tipton, un reyezuelo del hampa.

—He oído hablar de Tipton —dijo ella pensativamente—. Pero

nunca me imaginé que Mark West...

—Medite, teniente. ¿Por qué la relevaron de la dirección de Asuntos Administrativos y la enviaron a Homicidios?

Lilian hizo un gesto afirmativo.

—Comprendo —dijo—. ¿Le contó algo la señora Warner acerca del caso que le he encomendado?

—No sabe nada todavía, excepto rumores muy vagos, pero no quiso darme detalles. Me llamará cuando sepa algo en concreto.

—Está bien, muchas gracias. Vuelva a su trabajo.

—Sí, señora.

Day se puso en pie. Empezaba a volverse, cuando, de pronto, recordó algo y miró a la joven.

—¿Qué clase de prendas íntimas compró en Splendor's

? —preguntó desenvueltamente.

Los ojos de Lilian centellearon.

—Salga —contestó con voz en la que se notaba una con tenida nota de cólera.

—Sí, señora.

Sonreía al salir. Lilian era una mujer fuerte, pero también tenía puntos débiles. Sin embargo, no podía dejar de tener en cuenta, sin olvidarlo un solo instante, que era su jefe y que podía fastidiarle mucho si no actuaba de forma correcta.

—Lo tendré en cuenta todo el tiempo —se dijo, como remate de sus pensamientos sobre la cuestión.

Luego se preguntó quién podría saber algo sobre los misteriosos asesinatos que tanto preocupaban al Departamento. A los pocos momentos, encontró un nombre.

Los ojos de Whitie Ford eran grandes, redondos y saltones. El apodo de «Rana» estaba, por tanto, más que justificado, a pesar de que él tratara de presumir constantemente de un lejano parentesco con la poderosa familia que fabrica automóviles en Detroit.

—Pero nosotros fuimos siempre de la rama pobre y ellos, los orgullosos poseídos de manías de grandeza, nunca se dignaron mirarnos a la cara...

Era el sonsonete que utilizaba habitualmente, cuando trataba de desplumar a algún «primo», porque Whitie tenía mucha labia y

sabía embaucar a la gente, desposeyendo a su víctima de un buen puñado de dólares, antes de que se diera cuenta de que había comprado, por ejemplo, acciones de una mina de oro, situada a doscientas millas de la costa y a mil brazas de profundidad.

Cuando Day entró en el local al que solía acudir el timador, lo vio sentado a una mesa, con la cabeza apoyada en una mano y contemplando melancólicamente un vaso casi vacío.

Day se sentó frente al sujeto y lo miró con la sonrisa en los labios.

—Los negocios no marchan bien, ¿verdad, Whitie?

Ford alzó la cabeza.

—No marchan de ninguna manera —contestó melancólicamente—. Ayer mismo estuve a punto de vender una parcela petrolífera en Texas, pero el tipo se olió el asunto y se largó, dejándome con dos palmos de narices y ciento veinte dólares de gastos que había hecho para tratar de convencer lo. Ya empiezo a criar pelusilla en los bolsillos de los pantalones...

—Quizá yo pueda ayudarte, Whitie. Anda, pide una botella de lo bueno.

El rostro del sujeto se animó. A los pocos momentos, una pechugona camarera trajo la botella y otro vaso. Day levantó el suyo.

—Por una mejor suerte en la próxima ocasión, Whitie.

Ford asintió y tomó un largo trago. Luego juntó las manos.

—Sargento, usted no ha venido aquí solo para consolar mi aflicción —dijo—. ¿De qué se trata?

—Asesinatos. Varios. Misteriosos, cometidos por un ase sino profesional a quien nadie conoce —respondió el joven.

—Ah, sí, he oído algo sobre el asunto. Pero quizá Ben Biy Tipton podría darle más detalles sobre el caso.

—¿Lo crees así, Whitie?

Ford se frotó la boca con una mano.

—El último fiambre, Evney, había tenido tratos con Tipton, en un negocio sobre una contrata de ciertas obras propiciadas por el municipio. Se rumorea que hubo desavenencias entre Evney y Tipton. Si eso es cierto, perdió Evney, no cabe duda.

—Comprendo. ¿Qué más?

—De otro, un tal Jason Blanks, que recibió tres tiros en el

Golden *Flash*, se dice algo parecido. Cuidado, sargento; son habladurías, no hecho en firme.

Day hizo un gesto de aquiescencia.

—El tipo que murió en el Golden *Flash* fue asesinado en presencia de una multitud, sin que nadie se diera cuenta de lo ocurrido. El asesino tuvo que actuar con gran habilidad, ¿no te parece?

—Creo que estaba hablando con una mujer, ataviada espectacularmente. El caso es que la fulana desapareció y nadie pudo verla después.

—¿Una mujer?

—O un hombre disfrazado de mujer, sargento.

—Sí, es posible. ¿No puedes describirla?

—Pregunte a Clay Oppelt —respondió Ford—. Era el barman que atendió a Blanks apenas unos minutos antes de su muerte.

—Gracias, lo tendré en cuenta. Otra cosa: ¿qué sabes de la posible relación entre Tipton y Mark West?

Whitie torció el gesto.

—Prefiero no saber nada. La ignorancia, a veces, resulta altamente beneficiosa —contestó.

Day sonrió. Ford ya no le diría nada, aunque aquella res puesta parecía notablemente reveladora. Sacó un billete de diez dólares y lo puso encima de la mesa.

—Soy un policía y vivo de mi sueldo, Whitie —se disculpó.

—Páselo a la nota de gastos, hombre —indicó el Rana.

—¿Con West como supervisor económico del Departamento?

Ford soltó una risita.

—Inclúyalo en otros gastos más... justificables —dijo.

Day se despidió del timador. Al salir, subió a su coche y encaminó al Golden *Flash*.

En la portada, negro brillante, oro y rojo, centelleaba rítmicamente lo que quería ser un gran relámpago dorado. Al abrir la puerta, Day se sintió brutalmente atacado por el horrísimo estruendo que reinaba en el local.

Abriéndose paso entre la sudorosa muchedumbre que se contorsionaba con movimientos casi epilépticos, consiguió llegar al mostrador, en donde varios mozos se afanaban en servir bebidas. Day preguntó a voz en cuello por Clay Oppelt.

Por casualidad, era el mismo barman a quien había formulado la pregunta. Oppelt le preguntó qué quería.

Day le enseñó discretamente su placa. Oppelt hizo un gesto de resignación.

—Venga —dijo.

Tuvo que mover el brazo, para que Day comprendiese que el barman lo conducía a un reservado. Cuando estuvieron en el interior de un cuarto y a salvo del fragor del local, Oppelt dijo:

—Oiga, amigo, creo que ya han venido un centenar de policías a hacerme preguntas sobre lo mismo. No vi nada ni supe lo que había pasado, hasta que me encontré al tipo con tres balas en el cuerpo. Y de ahí no paso más, porque...

—Usted le sirvió bebidas momentos antes de su muerte —cortó Day fríamente.

—Sí. Y había trasegado de lo lindo; por eso creí en los primeros momentos, que se había derrumbado a causa del alcohol. Luego, una chica vio la sangre, chilló y...

—¿La chica que estaba con él?

Oppelt parpadeó.

—No. Era otra..., pero ¿cómo lo sabe usted?

—Tengo amigos —sonrió Day—. ¿Cómo era la dama en cuestión?

—Bueno, vestía muy aparatosamente, de negro toda, un gran escote, el pelo parecía una nube de rizos negros, muy pequeños, la cara blanca como el yeso y los labios casi violetas...

—¿Nada más?

—¿Le parece poco? ¿Cree que fue ella la asesina?

—No lo sé, Clay. Lo que yo quería decirle es si captó más detalles de su atuendo.

—Bien, llevaba un gran bolso negro pendiente del hombro izquierdo. Blanks, bueno, el muerto, le pidió fuego y ella metió la mano en el bolso. Ya no vi más, porque me habían pedido unas copas...

Day entornó los ojos unos instantes. Si la mujer vestida de negro había metido la mano en el bolso, aparentemente para sacar fósforos o un encendedor, ¿no era posible que...?

—Clay, una pregunta nada más —dijo—. ¿Cree que el atavío de la mujer era un disfraz?

Los labios del barman se curvaron en una mueca de desprecio.

—Y usted, ¿cree que todos esos dementes que están ahí fuera, visten como las personas normales? —respondió.

Day se echó a reír.

—Tiene usted toda la razón del mundo —dijo—. Muchas gracias, Clay.

El barman abrió la puerta. A Day le pareció que el estruendo le golpeaba en pleno pecho como la onda explosiva de una granada arrojada a sus pies.

Casi retrocedió, pero, rehaciéndose, salió huyendo a toda velocidad. Cuando llegó a la calle, respiró el aire de la noche a pleno pulmón.

Le parecía salir de una pesadilla.

—Por nada del mundo trabajaría en ese infierno de ruido —murmuró.

Su coche estaba a cierta distancia, debido a la gran cantidad de vehículos estacionados en las inmediaciones del Gol den *Flash*. Caminó un poco por la acera y, de repente, vio algo extraño a pocos pasos.

Un hombre abrió bruscamente la portezuela de un coche que, según parecía, se disponía a arrancar. Day vio claramente el brillo de un acero a la altura del hombro del conductor y se envaró al darse cuenta de lo que pretendía el individuo.

—Le amenazará con la navaja en el cuello, le pedirá todo lo que lleve encima y...

CAPÍTULO IV

Day saltó en silencio hacia adelante y, con la misma presteza del asaltante, abrió la portezuela de golpe. Inmediatamente, agarró al sujeto por el cuello y lo sacó fuera de un terrible tirón.

El asaltante blasfemó obscenamente. Había perdido la navaja, pero se recobró en el acto y trató de golpear al joven.

Day contraatacó con un terrible izquierdazo al hígado de su oponente. La boca del ladrón se abrió en un silencioso gesto de agonía.

Alargó las dos manos y tiró de la abundante cabellera del sujeto hacia sí y hacia abajo, a la vez que levantaba la rodilla. El ladrón sufrió un fuerte estremecimiento y rodó a un lado.

Day se inclinó un poco. El conductor asaltado resultó ser una mujer, que se apeó por el lado opuesto, con el temor reflejado en sus ojos.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó él.

La mujer hizo un gesto afirmativo.

—Ese tipo me sorprendió y me puso una navaja en el cuello —explicó.

—Quería robarle, sin duda.

—De momento, sólo dijo que quería llevarme a su casa...

Day volvió la vista. El asaltante, con el rostro ensangrentado, empezaba a levantarse.

—¿Quiere presentar una denuncia contra este maníaco sexual, señora?

—¿Serviría de algo? —contestó ella.

—No, evidentemente, no —murmuró Day—. Está bien, lárgate, estúpido.

El sujeto se marchó a trompicones. Day se volvió hacia la conductora. Era joven, muy bonita y de aspecto dulce y agradable.

—No sé cómo darle las gracias, señor...

—Day, Roger Day —se presentó él.

—Soy Scarlett Ardliss. Le estaré eternamente agradecida, señor Day.

—Al contrario, ha sido un placer ayudarla en este serio compromiso. Pero no se olvide de poner el seguro de las puertas.

—Ha sido un descuido imperdonable, lo reconozco.

Algunos curiosos se habían arremolinado en el lugar. Scarlett entró en el coche, puso el motor en marcha y, tras agitar la mano y sonreír al joven, se despegó de la acera.

—Una mujer encantadora —dijo Day a media voz.

Alcanzó su coche y se encaminó a su casa. Vivía en un barrio residencial y hacía poco que se había comprado una casita, que era más bien un estudio, con una gran habitación, cocina y un baño. El garaje era un voladizo, sostenido por dos columnas. Resultaba una vivienda modesta, pero para él era cómoda y le permitía una intimidad de la que no habría gozado en un edificio de apartamentos.

Viró para entrar en el sendero y dejó el coche bajo el cobertizo. Luego se apeó, retrocediendo para llegar a la esquina y dar la vuelta. En la fachada principal estaba la puerta y hacía saltar las llaves en la palma de la mano con aire despreocupado.

Bruscamente, oyó el rugido de un automóvil que se acercaba a toda velocidad. En el mismo instante, alguien a pocos pasos de distancia, lanzó un agudo grito:

—¡Al suelo, sargento!

Day no era hombre que se detuviese a reflexionar cuando creía encontrarse en una situación desventajosa, por lo que, inmediatamente, se tiró de bruces sobre la hierba, al mismo tiempo que sonaban varios estampidos frente a la casa.

La relativa penumbra del lugar fue taladrada por los fogonazos de las armas que disparaban atronadoramente. Day oyó también algunos disparos, mucho más cerca, y se esforzó por sacar su revólver.

El coche se alejaba, pero ahora el ritmo del motor se había alterado, según parecía por el sonido distinto. Day alzó la cabeza y vio que el vehículo zigzagueaba violentamente.

—¡Se va a estrellar! —gritó la misma mujer que lo había avisado del peligro momentos antes.

Apenas había terminado ella de hablar, el coche, todavía a gran velocidad, se desvió de su ruta y fue a chocar con tremendo ímpetu contra un grueso olmo, de los que flanqueaban el camino. Alguien, catapultado como un proyectil, salió disparado a través del parabrisas y voló unos cuantos metros, antes de chocar contra el suelo.

Todavía resbaló un buen trecho, pero era evidente que el sujeto no podía haber sobrevivido a aquel brutal choque. Lentamente, Day se puso en pie y se limpió las rodillas maquinalmente.

Con ojos de asombro, vio a Lilian a poca distancia, guardando su revólver en el bolso.

—Ha tenido suerte, sargento —dijo ella fríamente.

—No se lo puede imaginar —contestó Day—. Con su permiso, voy a ver qué le ha pasado al conductor del coche...

Corrió hacia el lugar del accidente y se inclinó hacia el puesto del conductor. Los ojos del hombre estaban terriblemente abiertos. Un frío de sangre brotaba por su boca.

Day lo sacó fuera, dejándolo tendido en el suelo. Corrió luego hacia el otro y retrocedió, aterrado por el horrible espectáculo que ofrecía el sujeto, destrozado el cráneo después de romper el parabrisas.

Una sirena se oyó a lo lejos. Day vio que Lilian se le acercaba y salió a su encuentro.

—Creo que están muertos —dijo—. Será mejor que no los vea; es algo realmente horripilante.

Lilian asintió con breve gesto. El coche de la policía se acercaba ya, con gran estridor de sirena y vivo centelleo de sus luces.

—Conviene que nos identifiquemos, sargento —propuso Lilian.

—Sí, señora.

Con la punta de una navaja, Day extrajo una bala que se había incrustado en la pared de la sala, situada frente a la ventana, por donde habían penetrado un par de proyectiles. Lilian, sentada en el diván, sorbía el café que él había preparado momentos antes.

Con la bala en la mano, se acercó a la joven.

—Mañana la enviaré a Balística —dijo.

—Sí —contestó Lilian—. ¿Cómo se encuentra, sargento?

—Perfectamente. ¿Me permite que le diga que tiene una excelente puntería? Alcanzó al conductor...

—Me entreno con frecuencia —explicó ella brevemente.

Lilian paseó la mirada por el interior de la estancia.

—Tiene usted una casa muy bonita —elogió.

—Gracias, señora.

—Aunque algo pequeña, ¿no?

—Basta para un soltero —sonrió él.

—El día que se case...

—Está todavía lejos. Pero en la propiedad entra un buen trozo de terreno. Podré ampliar la casa, si es preciso. Por ahora, tengo más que suficiente.

—Comprendo. Repito, es una casa preciosa.

—Gracias. Teniente, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Con toda confianza, sargento.

—¿Me espiaba usted?

Ella le dirigió una profunda mirada.

—Si tuviera que espiarle, no confiaría en usted —declaró.

—Entonces, había venido a verme con algún motivo —deujo Day.

—Simplemente, quería saber si había hecho algún progreso. Estaba invitada a cenar en casa de unos amigos y pasaba no muy lejos de aquí, por lo que decidí acercarme. Al ver que no me contestaba, di la vuelta para saber sí, por casualidad se encontraba en la parte trasera de la casa. Tampoco vi nada y, al regresar adelante, fue cuando me percaté de que alguien quería atacarle.

—Me salvó la vida, no cabe duda —dijo el joven—. Se lo agradezco de veras, teniente.

—Usted habría hecho lo mismo por cualquier compañero —repuso Lilian—. ¿Ha conseguido algo?

—Estuve en el *Golden Flash*. El nombre que atendió a Blanks no añadió gran cosa a lo que sabemos. —Day se acordó en aquel instante de Scarlett Ardliss, pero pensó que no valía la pena mencionar el incidente—. Mañana, cuando conozcamos los nombres de los muertos y su historial, porque, seguramente, están fichados, podremos saber algo más, espero.

—Sí, yo también lo creo así.

En aquel momento, llamaron a la puerta. Day fue a abrir y se encontró con un policía de uniforme, que tenía en la mano un papel.

—Los nombres de las víctimas, señor —dijo.

—Gracias. —Day se volvió hacia el interior de la casa—. ¿Desea algo, teniente?

Lilian hizo un gesto negativo. El policía saludó y se retiró.

Day regresó junto a su visitante, fijos los ojos en el papel que acababa de recibir.

—¡Hombre, a éste le conocía yo! —exclamó de pronto.

—¿Alguno de los muertos? —preguntó ella.

—Sí. Bartie Katz, más conocido por El Alicates. ¿Sabe por qué le colocaron el apodo?

—No. Dígamelo, por favor.

—Le gustaba arrancar las uñas de sus enemigos con unos alicates. Era un sádico. No se puede decir que tengamos que llorar por él.

—Un tipo repugnante —calificó ella.

—Desde luego. Pero quizá saquemos partido de su muerte.

—¿Cómo? —quiso saber Lilian.

—Katz vivía con una tal Polly Madsen. No era de la clase de gangsters que tienen amigas aquí y allá, sino que le gustaba la vida de hogar, aunque parezca mentira. Y cuando un hombre vive de semejante manera, siempre acaba por hacer confidencias a su compañera de lecho.

—Interesante. ¿La conoce a ella?

—Tendré el placer de darle el pésame después del entierro de su «marido» —sonrió Day. De pronto, hizo un frunciendo de cejas—. ¿Por qué demonios habrán querido matarme? —preguntó, como si hablase consigo mismo.

—¿Quiere que se lo diga yo, sargento?

Day elevó la vista hacia su hermosa visitante.

—Se lo agradeceré.

—Seré sincera. El que ordenó su muerte, lo considera el tipo peligroso del Departamento de Policía, al menos en este caso. A mí, en cambio, me consideran poco menos que como un elemento decorativo.

—No tiene usted pelos en la lengua, teniente —sonrió Day.

Lilian se puso en pie y recogió su bolso.

—¿De qué sirve ocultar la verdad? —dijo, con una leve nota de amargura en la voz—. A veces, pienso incluso en dimitir...

—¡No lo haga! —exclamó él vivamente—. Eso es lo que desea alguien. No le conceda ese gusto, teniente. Siga adelante..., seguiremos hasta el fin y algún día, disfrutaremos enormemente arrancándole a las sombras y exponiéndole a la vergüenza pública.

—Es usted un hombre con un verdadero sentido del optimismo —repuso Lilian, sonriendo—. Gracias por lo que acaba de decirme, sargento. Me ha confortado muchísimo, créame.

—Pero ha sido un párrafo muy literario, asquerosamente retórico, ¿verdad?

Ella se echó a reír y a Day le pareció que era una mujer completamente distinta de la que había conocido hasta entonces. Cuando Lilian le tendió la mano, sintióse tentado de retenerla unos momentos en la suya, pero desistió en el acto. Lilian era su superior y, pese a todo, era algo que debía tener presente en todo momento.

—Buenas noches, sargento —se despidió Lilian.

CAPÍTULO V

Polly Madsen era una mujer de unos treinta y cinco años, estrepitosamente rubia y pródiga en curvas, aunque, calculó Day al vería, aquellos encantos habían perdido ya buena parte de la firmeza juvenil. No obstante, bien arreglada, tenía que resultar todavía muy interesante. «Según para quién, claro», se dijo.

—¿Puedo expresarle mis condolencias por la muerte de Bartie? —dijo, apenas hubo abierto ella la puerta.

Polly lo miró con recelo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Un buen amigo de su marido —respondió Day sin pestañear.

—Bartie no era mi esposo. No estábamos casados —dijo Polly fríamente.

—No lo sabía —mintió el joven.

—Está bien. ¿Qué desea?

—Me llamo Roger Day. ¿Le suena el nombre?

—No, no lo he oído en mi vida.

Polly lo había recibido en la puerta, pero no daba señales de permitirle el paso.

—¿Podemos hablar en el interior? —solicitó él.

De mala gana, Polly se echó a un lado.

—¿Viene a traerme la «pasta»?

—¿Qué dinero? —preguntó Day, antes de darse cuenta de su ingenuidad al formular aquella pregunta.

—El que debía recibir Bartie, hombre.

—¿Tenían que darle dinero? ¿Quién?

Polly frunció el ceño.

—¿Por qué diablos no me dice de una vez quién es usted? —exclamó, irritada.

Day suspiró. Había confiado en no tener que declarar su verdadera personalidad, pero ya no tenía otra salida.

—Policía —dijo, a la vez que sacaba la billetera con la placa.

La reacción de Polly fue instantánea, escupió en el brillante metal.

Day actuó con no menor rapidez y limpió la placa en el prominente seno izquierdo de la mujer. Ella le atizó un fenomenal golpe en el ojo. Day le asestó una tremenda bofetada que la hizo dar dos vueltas sobre sí misma. Al caer, lo hizo sobre el diván, casi de bruces, levantando el trasero más alto que la cabeza.

Day no desaprovechó la ocasión y golpeó de plano y con toda su fuerza aquella redonda región anatómica. El golpe sonó como un pistoletazo y Polly lanzó un aullido de dolor.

Furiosa, se revolvió, tratando de clavarle las uñas en los ojos. Day la agarró por las muñecas y, sin miramientos de ninguna clase, le hundió la rodilla en el vientre.

Polly quiso hacer lo mismo, pero Day, prevenido, esquivó el golpe. Al hacerlo, Polly se soltó y buscó alcanzarle el otro ojo con el puño. Day desvió el ataque y golpeó su mejilla con la mano izquierda.

Polly cayó sentada, pero esta vez no se quejó.

Sonreía.

—Me ha gustado —dijo—. ¿Por qué no sigues?

Day se quedó boquiabierto.

«Dios, es masoquista», pensó, aterrado.

—Esto empieza a ponerse interesante —dijo ella—. Incluso parece mentira que seas un poli.

—Lo siento, no quería hacerte daño...

—Bah, no te preocupes; él me daba mucho más fuerte. Pero tampoco se iba de vacío.

Day se pasó una mano por la cara. «Vaya pareja de degenerados», calificó mentalmente.

—Polly, ¿qué dijiste antes del dinero? —preguntó.

—Bartie me habló de que iban a pagarle dos mil pavos por una buena faena, pero no me dio más detalles. Nunca hablaba de su trabajo, ¿comprendes?

—Bueno, si te dijo que iba a ganar dos mil dólares, ya mencionaba una parte de su trabajo. Me figuro, sin embargo, que sabes lo que hacía.

Ella se encogió de hombros.

—Hay que comer —respondió—. La vida está muy difícil hoy día.

—Sí, sobre todo para los que no quieren arrimar el hombro —masculló Day entre dientes. Levantó la voz—. ¿Sabes, acaso, quién debía traerle ese dinero?

Polly hizo un gesto negativo.

—No, aunque apostaría a que Abe Dingley sabe algo. ¿Por qué no se lo preguntas a él? Podrás encontrarlo en el Fire Wheel...

Ella se puso en pie y onduló sinuosamente hacia el joven.

—La vida sigue —suspiró—. Me acordaré mucho del pobre Bartie, pero ¿qué puede hacer una mujer sola en este mundo?

Echó los brazos hacia el cuello de Day, pero éste retrocedió precipitadamente.

—El médico me lo ha prohibido —se disculpó.

—¿Estás enfermo? —Respingó la mujer.

Pero Day no contestó, porque había abierto ya la puerta y corría desalado, como si le persiguiese el mismísimo diablo.

El Fire Wheel resultó ser un local más decente de lo que había supuesto en un principio, limpio, bien decorado y un ambiente relativamente discreto, sin apenas estridencias de sus clientes. Sobre la entrada, una rueda de color rojo, en neón, con llamas simuladas, indicaba gráficamente el establecimiento al que, pensó Day, un portero uniformado no le habría sentado nada mal.

Sin prisas, se acercó a la barra y pidió una copa. Una atractiva camarera se la sirvió, con acogedora sonrisa.

Day puso un billete de dos dólares sobre el mostrador.

—Guárdese la vuelta, encanto —indicó—. ¿Puede decirme si conoce a Abe Dingley?

La barmaid señaló con la barbilla un determinado punto del local.

—Está allí, sentado en aquella mesa. Es el de la corbata a cuadros —indicó.

Day miró a través del espejo que había al otro lado de la barra. Dingley estaba hablando con un individuo de aspecto poco recomendable, a pesar de sus ropajes de cierta pretenciosa elegancia. La indumentaria de Dingley era más discreta, pero la corbata a cuadros echaba a perder el conjunto.

El acompañante de Dingley hizo unos gestos afirmativos a los

pocos momentos, se puso en pie y caminó hacia la puerta. Dingley quedó en el mismo sitio, saboreando el contenido de su copa.

Con la suya en la mano, Day se acercó a la mesa.

—¿Dingley?

El sujeto alzó la mirada.

—Sí —admitió lacónicamente.

—Quiero hablar con usted —manifestó el joven.

—¿De qué, amigo?

—De quién, está mejor dicho. ¿Puedo sentarme?

Dingley hizo un breve ademán con la mano izquierda.

—Claro.

Day se sentó frente al sujeto y lo miró de frente.

—El nombre es Bartie Katz —dijo.

Dingley mantuvo el rostro inexpresivo.

—Nunca lo he oído, en los días de mi vida.

—Está mintiendo.

—Repita eso —dijo Dingley belicosamente.

—Polly Madsen me ha dicho que usted y Katz solían reunirse con frecuencia. Es más, ella esperaba dos mil dólares que Katz debería haber cobrado por cierto trabajo. ¿Acaso era el precio de mi vida?

—Perdone la pregunta, pero, por casualidad, ¿es usted el sargento Roger Day?

—Por casualidad, no —sonrió el joven—. Hace casi treinta años, dos personas, hombre y mujer, se unieron en santo matrimonio. Al año, nací yo. Como puede apreciar, no debo nada a la casualidad.

—Oh, sí, claro... Sólo quería saberlo con certeza, amigo.

De súbito, con un gesto totalmente inesperado, Dingley sacó una pistola de pequeño calibre y, por encima de la mesa y a menos de tres palmos de distancia, disparó un tiro al pecho de su interlocutor.

Day abrió los brazos y cayó hacia atrás violentamente, derribando la silla con gran estrépito. Dingley escapó a todo correr y desapareció del lugar antes de que ninguno de los atónitos espectadores del suceso pudiera darse cuenta cabal de lo sucedido.

La barmaid, sin embargo, lo había visto todo y lanzó un fuerte chillido al ver caer a Day. Inmediatamente, corrió hacia él y se arrodilló a su lado.

—Pobre hombre... Tan joven... —suspiró, apunto de echarse a

llorar.

Day abrió un ojo u sonrió.

—Parece como si me hubiera coceado una mula —dijo.

Ella volvió a chillar.

—¡Está vivo!

Day hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo.

—Soy Superman. Las balas rebotan inofensivamente en mi cuerpo —dijo, fanfarrón—. Gatita, ¿quieres traerme una copa?

La barmaid asintió y se puso en pie. Agarrándose al borde de la mesa, Day consiguió incorporarse y quedó apoyado en ella con una mano. La chica volvió al poco y él despachó el licor de un trago.

—Gracias, ahora me siento mejor —sonrió de nuevo.

—Sin duda, Dingley erró el tiro —opinó la barmaid.

—Disparó con demasiada precipitación, en efecto. ¿Sabes, por casualidad, dónde vive?

Ella hizo un gesto negativo.

—Lo siento.

Day sacó otro billete y lo puso en las manos de la barmaid.

—Gracias, de todos modos.

Procuró caminar con paso firme, a pesar de que le parecía tener las piernas de mantequilla. Al fin, con un hondo suspiro, se dejó caer en el coche y emprendió el regreso a su casa.

—Por hoy ya he tenido suficiente —rezongó.

En el cuarto de baño, Day se miró al espejo. Había una pequeña señal violácea en el lugar donde la bala había hecho impacto. El chaleco blindado yacía en el suelo y lo miró con ojos rebosantes de gratitud.

—Eres terriblemente incómodo de llevar, pero me has salvado la vida —murmuró.

—Tiene usted un aspecto horrible —observó Lilian a la mañana siguiente—. ¿Qué le ha pasado en ese ojo? ¿Se ha peleado con alguien o ha sido un golpe en la oscuridad contra el canto de una puerta?

—Polly Madsen me atizó de firme —contestó Day—. Tu ve que defenderme y se produjo un intercambio de golpes.

—¡Pegó a una mujer! —se escandalizó ella.

—A Polly le gustaba.

—¿Qué? —dijo la joven, sin aliento.

—Es masoquista. Si no escapo a todo correr, me devora.

Los ojos de Lilian aparecían desmesuradamente abiertos.

—Tiene ganas de broma, sargento.

—Hablo completamente en serio, señora —dijo él casi de mal humor—. Fui a verla, me escupió en la placa, la limpié en su pecho y entonces fue cuando ella me atizó el primer golpe.

—No siga —cortó Lilian, muy rígida—. ¿Qué pasó después... de la pelea?

—Oh, se mostró muy afectuosa y me dio un nombre, el del individuo que, según ella, debía pagar dos mil dólares a su difunto amigo, imagino que por quitarme de en medio. Fui a ver al tipo y me pegó un tiro.

—Imaginación no le falta, desde luego —dijo ella con sarcasmo—. Ahora, por favor, cuénteme una de miedo, sargento.

Impasible, Day se desabrochó la camisa y enseñó la marca de su pecho.

—Si no me cree, hable con el médico de la Policía. Antes de venir aquí pedí que me hicieran una radiografía. El chaleco antibalas, por fortuna, impidió que el proyectil me rompiera el esternón. El sujeto escapó, aunque espero encontrarlo muy pronto.

Lilian pareció convencerse de la veracidad de las palabras de su interlocutor.

—Lo siento. ¿Puede disculparme, sargento?

—Claro, no faltaría más —sonrió él.

—¿Dice que a Katz le iban a pagar dos mil dólares...?

—Presumo que era el precio de mi estimado pellejo, teniente. Usted ahorró esa suma a cierta persona, cuyo nombre desconocemos por el momento.

—Polly Madsen le dio ese nombre —alegó Lilian.

—Abe Dingley era sólo un intermediario.

—Y no quiso hablar.

—Disparó contra mí, apenas abrí la boca. Luego, y como suele decirse, aprovechando la confusión reinante, se escapó.

—Espera encontrarlo, supongo.

—Lo buscaré, puede tenerlo por seguro.

—En tal caso, le pediré un favor, sargento.

—Concedido —sonrió Day.

—Quiero ir con usted e interrogar personalmente a Dingley.

—Puede resultar algo... violento... Incluso peligroso.

—¿Cree que tengo miedo?

—Usted lo hace porque cree que es su deber...

—Y usted, ¿lo hace por amor al arte?

Day se echó a reír.

—Buscaré a Dingley y, en cuanto sepa dónde se esconde, porque ahora se ha escondido, téngalo por seguro, la avisaré. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, sargento.

Day se frotó el pecho.

—Todavía duele —gruñó, en el momento en que sonaba el teléfono.

Lilian lo levantó, escuchó unos instantes y luego, a través de la mesa, lo tendió hacia su interlocutor.

—Para usted —dijo.

Day acercó el auricular a su cara.

—¿Sí?

—Roger, soy Gitta. Tengo noticias para ti.

—Bravo, encanto. Iré a verte enseguida.

—Oye, Roger, ¿quién es esa chica que está contigo? —preguntó Gitta, curiosa—. Tiene una voz de princesa de cuento de hadas.

—Oh, nadie en particular... Bueno, mi tía Lilian... Trabaja aquí, es una simple mecanógrafa...

—Pues, por la voz, nadie diría que...

—Es lo único bonito que le queda a la pobre. Ya tiene los cabellos grises y pronto se retirará.

Day colgó el teléfono y guiñó un ojo a la joven Lilian sonrió.

—No soy su tía ni tengo el pelo gris —dijo.

—Pero, según la señora Warner, su voz es la de una princesa de cuento de hadas.

Day se puso en pie.

—Y sabe obtener provecho de sus... relaciones públicas —se despidió.

CAPÍTULO VI

En su despacho privado, mientras las dependientas atendían a los clientes, Gitta ofreció al joven una taza de café.

—Los rumores tienen cierta concreción, no absolutamente positiva, aunque si con grandes probabilidades de certeza —dijo.

—¿Y apuntan hacia...?

—Una mujer.

Las cejas de Day se levantaron.

—¿Una mujer... asesina profesional?

—¿Por qué no? —rió Gitta—. Ahora que tanto se habla de la igualdad de sexos... Pero tú eres policía y has visto cosas muy extrañas. ¿Por qué te asombra que quien ha cometido esos crímenes sea una mujer?

Day apuró el café y dejó la taza a un lado.

—No debería asombrarme, pero no puedo evitarlo —con testó—. Sí, una mujer puede matar lo mismo que un hombre, pero que se convierta en asesina profesional ya es muy diferente. Se necesitan ciertos requisitos...

—No seas iluso. Una mujer puede matar, profesionalmente hablando, mucho mejor que un hombre. Se muestra atrayente, provocativa, el hombre pica, cae en la tentación... y cuando está más descuidado, ¡bang!, al infierno.

Day hizo una mueca.

—¿Qué te hace pensar en una mujer? —preguntó.

—A Blanks y a Evney se les vio, momentos antes de su muerte, en compañía de una mujer. Edwina Calder murió también asesinada y poco antes había recibido la visita de una desconocida. ¿Quieres más detalles?

—Está bien, admitámoslo... por el momento. Pero ¿qué más sabes sobre el particular?

Gitta se encogió de hombros.

—Nada... excepto que en las tres ocasiones era una mujer distinta, lo que, en mi humilde opinión, implica un notable virtuosismo en el arte del disfraz.

—Amén de una sangre fría extraordinaria.

—Todos los asesinos la tienen, Roger.

—Sí, es cierto. Bueno, como dijo aquél, menos es nada. Buscaremos a una mujer que sabe disfrazarse muy bien...

—Y atractiva y seductora, no lo olvides.

—Lo tendré en cuenta. Gracias, Gitta.

Ella sonrió.

—Cuando tengas ganas de cenar... fiambres, en el buen sentido de la palabra, claro, ven a verme —dijo.

Day le dio una suave palmadita en la mejilla.

—Esperaré a descargarme un poco de trabajo. Ahora... el exceso, me produce inhibiciones —respondió.

Cuando salía de la *boutique*, coincidió con una hermosa joven, que tenía unos paquetes en la mano. Galante, se apartó a un lado, pero, al mirarla con más detenimiento, la reconoció rápidamente.

—Scarlett Ardliss —exclamó.

Ella se volvió, le miró y sonrió.

—Roger Day —dijo—. ¡Cuánto celebro verle de nuevo!

—Es usted muy amable, señorita. ¿Me permite...? —dijo él, alargando las manos hacia los paquetes que ella sostenía en sus brazos.

—Oh, no quisiera causarle molestias, señor Day.

—Roger, por favor —sonrió el joven—. ¿Dónde tiene el coche?

—En el taller. Tomé un taxi para venir a comprarme algo de ropa interior...

—El mío está cerca. ¿Me permite que la lleve a su casa?

—¿Debe molestarse más por mí, Roger?

Day rió suavemente.

—No se puede calificar de molestia a lo que es un verdadero placer, Scarlett.

Momentos después, el automóvil se ponía en marcha. Cuando llegaron a la dirección indicada por la joven, Day se apeó y ayudó a sacar los paquetes del asiento posterior.

—¡Me aceptaría una copa como recompensa!, ¿Roger? —Invitó Scarlett.

Day consultó su reloj.

—Lo siento de veras —se disculpó—. Ahora me resulta completamente imposible. Tengo una cita acordada de ante mano y no puedo cancelarla.

—Bien, entonces, en otro momento. Venga cuando se sienta más... desocupado.

—Vendré, se lo prometo, Scarlett.

Day se marchó, pensando en que debía aceptar la invitación. Pero en aquellos momentos no podía, puesto que iba a entrevistarse con el Rana, a quien había citado desde su despacho.

Whitie Ford empezó a repetirle la misma canción de siempre, referente a la pobreza de la rama de que procedía, pero Day hizo un gesto de hastío y el sujeto cesó muy pronto en sus lamentos.

—Necesito un informe, urgente —dijo.

Ford hizo un gesto gráfico con el índice y el pulgar. Day suspiró, sacó un billete de diez dólares y lo retuvo sujetándolo con dos dedos.

—A cantar, Whitie.

—¿Cuál es la melodía?

—Abe Dingley.

—¿El que te pegó un tiro y falló, a tres palmos de distancia?

—Dicen que bizquea un poco, aunque no tuve tiempo de fijarme —sonrió Day, que no quería mencionar su chaleco antibalas.

—Pues estás vivo de milagro...

—Apuntó mal, eso es todo.

—Pero te vieron caer...

—¡Caramba!, tenía que hacer algo. Si intento sacar mi pistola, me arrea otro tiro y yo estaba en desventaja.

Ford hizo un chasquido de lengua, como si quisiera mostrar así su escepticismo. Luego se encogió de hombros.

—Bueno, eso es cosa tuya, pero, en tu lugar, cuando yo vaya a ver a Dingley, me pondría un chaleco blindado.

—Hombre, me has dado una idea estupenda —exclamó Day—. En cuanto me digas dónde vive ese bastardo, iré a ponerme esa prenda de... «abrigo».

Ford alargó la mano y se apoderó del billete.

—High Springs Apartaments, cuarenta y uno F.

Day añadió otro billete para pagar la consumición.

—Deséame suerte, Whitie —dijo.

—Mejor se la desearía yo a ese imbécil de Dingley —con testó el sujeto.

En el mismo bar, en un rincón, había un teléfono. Day insertó una moneda, marcó un número y esperó unos momentos.

—Teniente Baxter —oyó una voz femenina muy pronto.

—Day —dijo él—. ¿Insiste en ver a Dingley antes de que lo lleve a Jefatura?

—Insisto, sargento.

—Vaya a la Calle Treinta y Dos y aguárdeme frente al número dos mil ochocientos once. Nos reuniremos allí.

—De acuerdo, Roger.

Day aguardaba pacientemente en su coche cuando Lilian llegó en el suyo. Al verla, salió del automóvil y fue a su encuentro.

—Ahí —indicó.

Lilian contempló el alto edificio, de aspecto agradable y construcción relativamente reciente.

—No vive como un pobretón —comentó.

—No tiene que ganarse el pan cotidiano sudando en una factoría o pilotando una excavadora —dijo él—. Por cierto —añadió, a la vez que echaban a andar hacia la puerta—, tengo noticias frescas, aunque por desgracia, no demasiado concretas.

—Explíquese, por favor —pidió Lilian.

—Nuestro hombre es una mujer.

—¿Se refiere al asesino...?

—Asesina.

—¿Y profesional? Lo dudo mucho, Roger.

—Como quiera. Usted, siendo mujer, ¿no creé en la igual dad de sexos?

—Bueno, en principio, me parece difícil que una mujer sea capaz de cometer tantos crímenes a sangre fría.

—Teniente, le recomiendo repase las estadísticas de damas que se casaron varias veces con maridos que tenían contrata dos buenos seguros de vida.

—Perdone, Roger, pero esto es distinto. Todas las víctimas son personas que no tenían, al menos aparentemente, relación entre sí. Las asesinas de que me había procuraron que sus víctimas tuvieran una relación común, aunque sepa rada en el tiempo: la de su

matrimonio con la mujer que los mató. En este asunto, las cosas son muy diferentes.

—Mi informante no lo cree así, señora. Tanto a Blanks como a Evney se les vio en compañía de una mujer antes de morir. Edwina Calder recibió la visita de una desconocida y horas después fue encontrada muerta.

—Puede ser un hombre disfrazado de mujer —apuntó ella.

—Puede ser, en efecto, pero creo que no debemos desdeñar la noticia de mi informante.

—¿Gitta Warner?

—Sí, señora.

—Parece usted buen amigo de esa dama. ¿Ha requerido en alguna ocasión sus servicios de... «contactos humanos»? —preguntó Lilian irónicamente.

—Cuando quiero un contacto humano, como usted dice, me lo procuro por mí mismo, sin necesidad de intermediarios —respondió él con sequedad—. Los que utilizan los servicios de Gitta son gente tímida, por lo general, poco optimistas acerca de sus propias fuerzas.

—Usted cree en las suyas, ¿verdad?

—Ni voy detrás de las mujeres, como un obseso sexual, ni dejo pasar la ocasión, si resulta agradable. Para decirlo con más claridad: si la pieza se pone a tiro, sin demasiado trabajo, disparo.

—Y la abate, desde luego. Me gusta su filosofía amoratoria, Roger.

—No es mala, no tengo compromiso y no debo nada a nadie, al menos en este aspecto. —Day, un poco enojado por los comentarios de la joven, se detuvo y señaló la puerta ante la que acababa de detenerse—. Llevará usted el peso del interrogatorio, supongo —agregó.

—Si no tiene inconveniente...

Day hizo un amplio ademán con el brazo izquierdo.

—Usted es el jefe —respondió.

Lilian entró en el vestíbulo, taconeando firme. Un conserje de rostro poco amable les cerró el paso.

—¿Adónde van? —preguntó.

Day le puso su placa debajo de las narices.

—Mire esto y luego olvídense de que hemos estado aquí —dijo.

—Perdone, yo no sabía... —se disculpó el hombre—. Si quieren

decirme adónde van...

—No —cortó Day secamente.

—No ha estado usted muy amable con ese sujeto —dijo Lilian cuando ya subían en el ascensor.

—Tampoco él, teniente. Parecía como si fuese el dueño de la casa. Además, nunca estorba un poco de impresión facial.

—Rostro, vamos.

—Y también quise evitar que avisara a Dingley por el teléfono interior. Por cierto, he estado pensando sobre la asesina profesional... Convendría investigar a fondo las relaciones personales y los negocios de las víctimas. Tengo la sensación de que, en el fondo, todas esas muertes tienen un nexo común, cuyo conocimiento podría ayudarnos enormemente en la solución del caso.

—Haré que investiguen —prometió ella.

Momentos después salían en la cuarta planta. Day buscó la letra F., y tocó maquinalmente la culata del revólver que tenía bajo la chaqueta.

Lilian hizo un gesto con la mano.

—Deje que entre yo la primera, sargento.

—Pero, señora...

—Soy el jefe, no lo olvide.

Day se encogió de hombros. Lilian acercó su índice al timbre de llamada, pero, en aquel instante, se percató de que la puerta no estaba cerrada del todo.

—Roger, se olvidó de cerrar —dijo en voz baja.

Entonces, Day la apartó sin ceremonias a un lado. Con la izquierda, agarró el pomo, a la vez que sacaba su revólver. Luego empujó bruscamente y se agachó, apuntando con el arma al interior del apartamento.

—¡Abe... Abe Dingley...! —llamó.

Lilian, la espalda pegada a la pared, tenía también su pistola prevenida. De pronto, vio que el joven se incorporaba lentamente y enfundaba el revólver.

—¿Qué pasa, Roger? —preguntó.

—Ya no podremos hablar con Dingley, teniente —respondió él sombríamente.

Lilian hizo una profunda inspiración y luego giró para asomarse

al interior del apartamento. Contuvo un chillido, mordiéndose los labios fuertemente. El aspecto que presentaba Dingley, sentado en un sillón y con un cordón de seda profundamente hincado en su garganta no tenía nada de agradable.

Day se volvió para mirarla un instante. Luego señaló el teléfono.

—Llame al forense —dijo—. Yo voy a hablar con el conserje.

Lilian asintió y echó a andar hacia la mesita donde estaba el teléfono, pero, observó él con satisfacción, no se olvidó de ponerse los guantes para evitar borrar otras huellas dactilares.

CAPÍTULO VII

La joven que conducía el coche notó de repente que llevaba un pasajero inesperado. Antes de que pudiera reaccionar, sintió en su espalda, entre los hombros, el contacto de una cosa dura.

—Siga como va y no vuelva la mirada —oyó una voz a su espalda—. Esto es una pistola y si grita, si hace el menor gesto sospechoso, la mataré. ¿Me ha comprendido?

—Si..., si... —dijo la conductora, aterrada—. Pero no llevo nada de valor...

—No tema, no quiero quitarle nada suyo. Tampoco le haré el menor daño, si obedece estrictamente mis instrucciones. Y, por supuesto, no es un secuestro.

—Entonces... ¿qué pretende usted? —preguntó la joven, desconcertada.

—Doble en la primera esquina y siga, eso es todo.

Un cuarto de hora más tarde, el coche entraba por un sendero poco frecuentado del Seaview Point Park. Al doblar una curva bastante pronunciada, la conductora recibió la orden de detenerse.

Apenas lo había hecho sintió que le tapaban la cara con una compresa húmeda. Forcejeó, pero el cloroformo obró sus efectos rápidamente y a los pocos momentos quedaba completamente dormida.

La asaltante procuró que la joven quedase tendida sobre el asiento delantero, de modo que no fuese vista con facilidad. Luego se apeó y tomó del asiento posterior una bata de color azul claro y un maletín.

A veinte pasos por delante, había otro coche. La mujer entró en él, lo puso en marcha y rodó a la mayor velocidad posible, aunque sin cometer ninguna infracción, a fin de evitar ser observada por un policía meticulouso. Diez minutos más tarde, se detenía ante una casa de lujoso aspecto y franqueó el jardín con cierto

apresuramiento, llevando la bata en el hueco del brazo izquierdo y el maletín en la mano derecha.

Una mujer de unos cuarenta años, vestida con una bata y el cabello lleno de rulos, abrió y la miró con hostilidad.

—Llega usted demasiado tarde, señorita —dijo acremente—. Veinte minutos, para ser exactos. Pedí sus servicios para las diez y son ya...

—Lo siento, señora. La compañera que debía venir se puso repentinamente enferma y me avisaron con cierto retraso. En nombre de la directora, le ruego nos disculpe.

—Está bien, pase y despácheme pronto, por favor —dijo Jane Crittenden.

—Sí, señora.

La dueña de la casa se dejó caer lánguidamente sobre un gran butacón, mientras la mujer disponía sus cosas.

—Usted es nueva —murmuró la señora Crittenden.

—Llevo poco tiempo en el salón, en efecto, pero nunca había tenido la fortuna de venir a atenderla a usted, señora. Verdaderamente, me siento encantada de conocerla y considero un privilegio que me hayan designado para este trabajo.

Jane Crittenden pareció ablandarse.

—Usted es muy joven todavía —manifestó—. ¿Por qué utiliza esas gafas oscuras tan grandes?

La mujer sonrió.

—Para evitar que me reconozcan, señora —contestó.

—¿Cómo? —Respingó la dueña de la casa.

La fingida manicura abrió su maletín y sacó una pistola con silenciador.

—¿Lo comprende ahora? —dijo, a la vez que apretaba el gatillo, con la boca del arma a un palmo del pecho de la señora Crittenden.

La dueña de la casa dio un salto espantoso en el butacón, pero se desplomó inmediatamente, con los brazos colgando por fuera y los ojos desmesuradamente abiertos. Todavía se estremeció un poco, pero no tardó en quedarse definitivamente quieta.

La mujer recogió sus cosas sin apresuramientos nerviosos, con perfecta sangre fría. Incluso dejó pasar media hora, a fin de que nadie, en la vecindad, se extrañase de verla marcharse tan pronto. Al fin, con aire completamente natural, salió de la casa, subió a su

coche y desapareció del lugar.

El señor Crittenden, confiaba, iría más tarde a depositar el precio de su viudez, en el lugar convenido: veinte mil dólares.

—Cuando nosotros salimos, Dingley llevaba algo más de media hora muerto —dijo Day al día siguiente—. El conserje vio salir a dos hombres, de uno de los cuales me ha hecho una fiel descripción. Sin embargo, lo tengo en una habitación, con un detective y los libros de fotografías más o me nos correspondientes al sospechoso.

Lilian hizo un gesto afirmativo. Sacó cigarrillos y ofreció uno a su subordinado. Day encendió los dos sucesivamente, el suyo en segundo lugar.

—Lo estrangularon —dijo ella, después de la primera bocanada de humo—. ¿Por qué, en su opinión, Roger?

—Muy sencillo: Dingley no supo conservar la sangre fría cuando yo fui a verlo al Fire Wheel. Aunque no hubiera llevado chaleco blindado y hubiese muerto, sus jefes habrían actuado de la misma forma, esto es, borrándolo del mundo de los vivos.

—No entiendo... ¿Dice que no conservo su sangre fría? Explíquese, por favor —solicitó Lilian.

—Bien, creo que Dingley debería haber permitido que yo lo arrestase. ¿Qué podíamos alegar contra él? ¿La declaración de Polly Madsen? No era una prueba definitiva y su abogado lo habría sacado en diez minutos. Tal vez le hubieran recomendado cambiar de aires una temporada, pero al atacarme, demostró su culpabilidad y eso lo perdió.

Un policía asomó la cabeza en aquel momento.

—Identificado el sospechoso —informó—. Es Charley Wharton.

—Habrá que pedir una orden de arresto —dispuso Lilian. Miró al joven—. Iremos usted y yo a detenerlo, sargento.

—Sí, señora. Perry, vaya a pedir esa orden —indicó Day.

—Ahora mismo, sargento.

El policía desapareció. En aquel momento, sonó el teléfono.

Lilian levantó el aparato.

—Teniente Baxter —dijo.

—Sargento Weber, señora. Tengo malas noticias para usted y para Roger Day. Jane Crittenden ha sido descubierta muerta en su casa. Asesinada de un balazo en el corazón.

La joven dio un salto en su asiento.

—Sargento, ¿cree que se trata del mismo asunto?

—Yo diría que sí, señora. Me avisaron por radio y acudí rápidamente. En los primeros interrogatorios a los vecinos, he podido comprobar que una mujer estuvo en su casa antes y después de su muerte.

—¿Quién descubrió el cadáver, Weber?

—El esposo de la víctima. Fue a buscarla, porque iban a asistir a una reunión social y...

Lilian agarró un lápiz.

—Sargento, deme la dirección —pidió.

Instantes después, colgaba el teléfono y se ponía en pie.

—Nuestra matadora se ha cobrado una nueva víctima —dijo—. Vamos al lugar del crimen. Después nos las entenderemos con Charley Wharton.

—Muy bien —aceptó el joven sin pestañear.

Frank Weber salió al encuentro de los recién llegados.

—Los de Huellas están ya trabajando, aunque parece que no encontrarán nada —dijo—. El forense ha ordenado que se lleven el cadáver, para la autopsia. Sin embargo, ya ha anticipado que la causa de la muerte ha sido un balazo en el corazón.

—¿Y nadie oyó el disparo? —se sorprendió Lilian.

—Se supone que la asesina utilizó silenciador. Por cierto, llegó con un disfraz que la hizo pasar desapercibida para los vecinos, aunque más de uno se fijó en ella.

—¿Cómo se comprende eso, sargento? —preguntó Lilian, desconcertada.

—La señora Crittenden recibía todas las semanas a una manicura, que le hacían las uñas de las manos y de los pies. Una empleada del salón Arthemis, para ser más exactos.

—Entonces, la asesina es una empleada... —dijo Day.

—No —le interrumpió su colega—. Hace apenas cinco minutos, me han llamado por radio. Han encontrado a la auténtica manicura en el Seaview Point todavía bajo los efectos del cloroformo. Parece ser que la asesina la asaltó y la narcotizó, tomando luego su bata y su maletín con los efectos de manicura. La víctima, por supuesto, esperaba recibir a una manicura y no se extrañó de que fuese una desconocida.

—Y ella aprovechó la ocasión para pegarle un tiro —murmuró

Lilian.

—Así fue, señora —confirmó Weber.

—Un momento, Frank —intervino Day—. La asesina, es de suponer, se marcharía inmediatamente...

—No —contradijo Weber—. Fue muy astuta y tuvo la sangre fría suficiente para dejar pasar el tiempo aproximado que la auténtica manicura habría empleado en su trabajo. De este modo, los testigos que la vieron, no se extrañaron en absoluto al verla marchar, más o menos, a la hora habitual.

—Una mujer infernalmente lista —calificó Lilian.

—Algo más, señora —dijo Day—. Perfectamente informada de las costumbres de sus víctimas, ¿no te parece así, Frank?

Weber movió la cabeza afirmativamente.

—De acuerdo por completo, Roger —contestó.

—Sargento, ¿sigue todavía en la casa el señor Crittenden? —inquirió la joven.

—Sí, señora. Yo ya le he interrogado, pero si quiere usted pasar...

Lilian echó a andar con paso resuelto.

—Me conviene hablar con él —manifestó.

Day y Weber cambiaron una mirada. El primero sonrió y dijo:

—Es toda una mujer, tú.

—Si sigue así, al supervisor West le dará un infarto —contestó Weber, riendo.

—¿Qué le ha parecido el viudo Crittenden? —preguntó Lilian más tarde, cuando ya emprendían el regreso.

—¡Hum! —dijo Day pensativamente.

—¿Debo entender ese gruñido como una respuesta?

—¿Qué beneficios puede obtener Crittenden de su viudez?

—No sé... ¿Acaso piensa que puede estar implicado en el asunto?

—Ella era bastante rica —contestó el joven, sin abandonar su actitud reflexiva—. Él es un hombre emprendedor, desde luego, pero me dio la impresión de que, en cierto modo, su esposa tiraba de las riendas más de lo conveniente.

—O sea, hizo que la matasen para heredar su fortuna.

—A veces, eso es lo de menos, teniente. Crittenden me dio la sensación de ser un hombre ambicioso, pero al que no le es posible

desarrollar toda su capacidad para los negocios. Ahora, sin las ataduras de su esposa, podrá hacer lo que quiera, sin necesidad de rendirle cuentas.

—Puede ser un motivo, pero, en todo caso, habría que buscar la relación entre Crittenden y la asesina. ¿Cómo contactó con ella?

—Eso es, precisamente, lo que me gustaría saber —suspiró el joven—. De todos modos, no es más que una hipótesis, no lo tenga demasiado en cuenta.

—Toda hipótesis tiene una base, por pequeña que sea. ¿Cuál es la base de la suya, Roger?

—La llegada de Crittenden antes de lo ordinario. Solía regresar siempre después de las cinco de la tarde, cuando abandonaba su despacho.

—Tenían que asistir a una reunión de carácter social, ha declarado.

—Será preciso que comprobemos ese extremo, teniente. Por lo que he podido apreciar, ella era de carácter independiente. ¿Por qué no se reunieron en el lugar de la fiesta, yendo cada uno por su lado, como parece que habían hecho en ocasiones anteriores?

—Es posible que tenga razón —convino Lilian, también muy pensativa—. Haré que un detective lo vigile constante mente, las veinticuatro horas del día.

—Una decisión muy acertada, teniente.

—Gracias, Roger. ¿Le parece bien que vayamos a ver a Charley Wharton?

Day consultó la hora en su reloj.

—Es todavía muy temprano —alegó—. Preferiría ir después de las once de la noche.

—Muy bien. Venga a buscarme a mi casa, por favor.

—Así lo haré, señora.

Callaron unos momentos. Luego, Lilian, de pronto, recordó algo.

—Roger, antes dijo que la asesina, en todo caso, tiene que estar muy bien informada de las costumbres de sus víctimas.

—Sí, en efecto —admitió él.

—En tal caso, ¿quién la informa?

Day guardó silencio. Lilian insistió, pasados algunos segundos:

—¿Ella misma, Roger?

—No lo sé, teniente. En estos momentos, me siento inca paz de

dar con una respuesta a ese problema —confesó Day.

CAPÍTULO VIII

Day se sentía un tanto fatigado y, además, deseaba despejar su cabeza un tanto de lo que ya empezaba a constituir una obsesión suya. Se preguntó cómo podría conseguirlo y, de repente, se le ocurrió una idea.

—Es una chica muy atractiva —se dijo, mientras compraba un gran ramo de flores.

Poco después, Scarlett Ardliss abrió la puerta de su apartamento y contemplaba a su visitante con ojos de pasmo.

—¡Roger! —exclamó—. ¡Qué sorpresa tan agradable!

—¿Lo dice de veras? —sonrió él, por encima de las rosas—. ¿O es sólo una fórmula de cortesía?

Scarlett se echó a reír y, agarrándolo por el brazo, le hizo cruzar el umbral. Luego se apoderó del ramo.

—Las pondré en agua inmediatamente —dijo—. ¿Qué le apetece tomar, Roger?

—Elija usted misma, por favor.

Scarlett le dirigió una deliciosa sonrisa. A Day le pareció verdaderamente encantadora, con un traje estampado, de manga corta y cuello blanco, que modelaba a la perfección las esbeltas líneas de su cuerpo firme y juvenil.

—Vendré enseguida —dijo ella, al marcharse hacia el interior del apartamento.

Poco después, reapareció con una bandeja en las manos.

—¿Cómo se le ha ocurrido venir a visitarme? —preguntó, mientras le entregaba una copa.

Day alzó la mano.

—Por esto, precisamente. Usted me invitó el otro día y no pude aceptar. Pensé que tal vez hoy mantendría la invitación y he acertado.

—Por supuesto —respondió ella—. Nunca le agradeceré bastante

que me librase de aquel salteador...

—Oh, no tuvo importancia. No se la conceda a lo que no la tiene, de verdad, Scarlett.

Ella lo miró penetrantemente.

—Usted actuó con gran habilidad, como si estuviese muy bien entrenado para ciertas situaciones —manifestó—. ¿Puedo preguntarle a qué se dedica?

—Soy sargento de policía, Scarlett.

—Oh... —Los ojos de la joven se abrieron desmesurada mente—. ¿Quién lo hubiera dicho? Aunque, si se piensa un poco, después de lo que hizo, parece lógico.

—Bueno, es mi profesión. ¿Y la suya, Scarlett?

De repente, sin saber por qué, Day pensó en Gitta. ¿Sería Scarlett uno de sus contactos?

La había visto al salir de

Splendor's.

Tal vez la compra de ropa íntima era el pretexto para uno de tales contactos, se dijo, aunque también podían hacerse por teléfono.

Pero desechó la idea de inmediato. No, Scarlett no era una de esas...

La joven sonrió.

—¿De veras quiere saberlo? —preguntó.

Day alzó una mano.

—Soy un indiscreto —confesó.

—Oh, no tengo nada que esconder —respondió ella tranquilamente—. Soy estudiante de arte, ahora en vacaciones.

—¿Estudiante? —se sorprendió él.

—¿Por qué no? ¿Acaso sólo pueden serlo los chicos de veinte años?

—Usted no tiene muchos más...

Scarlett soltó una risita.

—Tengo la fortuna de aparentar menos años de los que cuento realmente —dijo—. Pero no mencionaré la cifra exacta, con su permiso.

—No insistiré en ello, Scarlett. De modo que está en vacaciones.

—Sí, en efecto.

—En tal caso... yo tengo ahora un caso particularmente endiablado, y perdone la frase, pero... ¿por qué no vamos el

domingo de excursión? Conozco un lago precioso, a treinta y cinco kilómetros. Podemos alquilar una canoa... ¿Qué le parecería, Scarlett?

Ella palmoteó alegremente.

—Con una condición, Roger.

—¿Sí, Scarlett?

—Yo prepararé una cesta con la comida.

—Completamente de acuerdo —accedió él.

Y se puso en pie.

—¿Ya se marcha? —preguntó la joven.

—Tengo trabajo —se disculpó Day.

—Bueno, no quiero ser un impedimento en su tarea... Entonces, ¿quedamos el domingo?

—A menos que surja algo que no pueda evitar, cosa que no creo probable —contestó él.

—En tal caso, me avisaría, Roger.

—Puede tener por seguro que estaré aquí a las nueve de la mañana.

—Le prometo ser puntual —sonrió Scarlett.

De pronto, se levantó sobre las puntas de los pies y lo besó en una mejilla.

—Gracias —murmuró—. Es usted un chico encantador, Roger.

Day sonrió levemente, mientras se tocaba la mejilla con las yemas de los dedos.

—Usted sí que es maravillosa —se despidió.

Una chica preciosa, se dijo, mientras descendía en el ascensor, hacia la calle. «De la clase que a uno le gustaría fuese su esposa. Lo tiene todo: belleza, gracia, encanto...», pensó, aunque diciéndose luego que era demasiado pronto para trazar rosados sueños de futuro.

A las once de la noche, olvidó a Scarlett, porque tenía que concentrarse en otro problema. Cuando llegó a la casa de Lilian, ella salía ya por la puerta, ataviada con sencillez: una chaqueta de color oscuro y pantalones negros.

Pendiente del hombro llevaba un bolso de apariencia más bien modesta.

Ella se acomodó inmediatamente en el asiento delantero, junto al conductor.

—Celebro su puntualidad, Roger.

—Gracias, señora. ¿Preparada?

—Por supuesto. ¿Cree que habrá problemas?

—No espere que la cosa sea sencilla. Un tipo capaz de matar a otro, estrangulándolo a sangre fría, puede reaccionar de muy diversas maneras y ninguna relacionada con la amabilidad y la cortesía.

—Lo tendré en cuenta, Roger. Ah, y para evitarnos dificultades, he solicitado y conseguido una orden judicial de arresto contra Wharton, como sospechoso de asesinato.

—Perfecto —aprobó él—. Eso puede evitarnos disgustos.

Veinte minutos más tarde, Day detenía el coche en las inmediaciones de la casa donde residía Wharton.

—Primer piso, puerta C —indicó él.

—Yo subiré por delante y llamaré a la puerta. Observo una escalera de incendios. Evite que huya por ahí.

—De acuerdo. Pero permítame un consejo, teniente.

—¿Sí, Roger?

—Tenga cuidado. El historial de Wharton es muy amplio. No se fíe de él en absoluto.

—De acuerdo.

Lilian desmontó y caminó rectamente hacia el edificio. Day la siguió en el acto, dirigiéndose hacia el lateral del callejón, donde se hallaba la escalera de incendios.

Saltó hacia arriba, se agarró al primer peldaño y la escalera descendió suavemente. Luego, sin hacer ruido, subió hasta el descansillo, situado junto a una ventana, cuyo bastidor estaba bajado y con las cortinillas parcialmente corridas.

En el interior del apartamento se oían gritos y disparos. Day sonrió al ver a Wharton ante el televisor, contemplando una película de vaqueros y con una bolsa de palomitas de maíz en las manos. Lentamente, sacó el revólver y se preparó para la acción, que estimaba inminente.

De pronto, vio a Wharton ponerse rígido. Era evidente que ya había oído la llamada a la puerta.

El sujeto dejó a un lado la bolsa de maíz y apagó el televisor con el control a distancia.

—¿Quién es? —preguntó.

—¡Policía! ¡Abra! —Sonó la voz de Lilian al otro lado de la puerta.

—¡No tengo nada que ver con la policía! —rugió Wharton—. Lárguese...

—Traigo una orden judicial —anunció la joven con fuerte voz—. Abra o echaremos la puerta abajo.

Day sonrió al comprender la argucia de Lilian, tratando de engañar a Wharton, al hacerle creer que eran varios policías los que estaban ante su apartamento.

—Se lo considera sospechoso del asesinato de Abe Dingley —añadió ella—. Por última vez, Charley Wharton: Abra o...

Inesperadamente, Wharton sacó una pistola y la emprendió a tiros contra la puerta.

Las astillas volaron por todas partes. Entonces, Day alzó el bastidor y le encañonó con el arma.

—¡Quieto! —gritó—. Tira esa pistola inmediatamente o te aso a tiros.

Wharton, por lo visto, no estaba dispuesto a rendirse y se revolvió furiosamente, haciendo fuego contra el joven. En el mismo instante, Day oyó el crujido de la puerta que se abría con violencia, pero no pudo ver más porque, al retroceder con violencia, cayó de espaldas al vacío.

Desde la entrada, Lilian vio al hampón disparando contra la ventana y, a su vez, abrió fuego. Wharton lanzó un chillido animal y se desplomó al suelo.

Lilian dio unos pasos en el interior de la estancia. Wharton gemía sordamente, con las manos en su pierna izquierda.

—Un médico... Un médico... —clamó.

—Tendrás el médico —aseguró la joven. Desconcertada, miró a su alrededor y, al no ver a Day, sintió que se le encogía el corazón—. ¡Roger! —gritó.

—¡Aquí! —Sonó la voz de Day fuera de la casa.

Lilian corrió hacia la ventana y vio al joven suspendido con ambas manos de la escalera de incendios.

—Maldita sea, por poco me rompo la crisma, cuando ese canalla empezó a tiros conmigo...

Ella se echó a reír.

—¿Puede subir o necesita ayuda?

—Gracias. Espero arreglármelas yo solo.

Day hizo una flexión y se izó al rellano. Luego entró en el apartamento y vio a Wharton tendido en el suelo, quejándose sordamente, mientras al otro lado, Lilian telefoneaba para pedir una ambulancia.

El joven se arrodilló junto a Wharton.

—Charley, lo tienes mal —dijo crudamente—. Te cargaste a Dingley y eso puede costarte muy caro... a menos que colabores con nosotros. Ya me entiendes, ¿verdad?

Wharton lo miró despectivamente.

—¿Cree que soy un soplón? —contestó.

—Entonces, dentro de treinta años, repetirás esa pregunta todavía en el patio de un penal.

—No hay pruebas...

—Las encontraremos, descuida.

Lilian regresó junto a los dos hombres.

—La ambulancia llegará enseguida. ¿Ha dicho algo?

—Tiene aguante —contestó Day—. Pero ya hablará. Le conviene.

Sirenas policiales se oían ya en las inmediaciones. Day miró a la joven y sonrió.

—Temí por usted, cuando este puerco empezó a tiros contra la puerta —dijo.

—Estaba prevenida —replicó ella—. Gracias a usted, claro.

—Celebro que no le haya pasado nada, Lilian...

Day se interrumpió bruscamente.

—Perdone el tratamiento —añadió, confuso—. Quise decir que...

Ella soltó una risita.

—No trate de arreglarlo, que es peor —manifestó, risueña—. Lilian está bien..., aunque no en público, claro.

—A la orden, teniente —dijo él, remedando un saludo militar y en el preciso momento en que dos policías de uniforme irrumpían en el apartamento, pistola en mano.

Lilian salió a su encuentro, enseñando la placa.

—Teniente Baxter, de Homicidios —se presentó, con voz firme.

Day sonrió para sus adentros.

«Esta chica llegará muy alto», pensó complacidamente.

CAPÍTULO IX

Tenía sobre la mesa una carpeta, con todos los antecedentes de las víctimas de la misteriosa asesina profesional y empezaba a notar un nexo común entre todas ellas. Lo cual, si le alegraba por una parte, le preocupaba por otra.

El principal problema, a su entender, estribaba en la información que la asesina recibía puntualmente, sobre las costumbres de su víctima, de modo que jamás fallaba el golpe. ¿Quién le proporcionaba la información?

El teléfono sonó de pronto y lo levantó maquinalmente.

—Sargento Day —dijo.

—Escuche, sargento. Vaya a las siete y media en punto al Kiro's

y espere —sonó una voz que no supo identificar pero que, indudablemente, pertenecía a un hombre.

—¿Qué pasa en el Kiro's?

—quiso saber el joven.

—Vaya allí, a la hora señalada. Ah, solo y sin decirlo a nadie. Adiós.

La comunicación se cortó bruscamente con un rápido click. Day se quedó mirando el teléfono con aire perplejo.

—¿Será una trampa? —murmuró.

Conocía el local mencionado y sabía que no gozaba de buena fama, aunque tampoco sus clientes causaban demasía dos problemas a la policía. El dueño, un sujeto gigantesco, con las fuerzas de un hércules de feria, se encargaba de que los clientes se portasen correctamente. Podían ser asesinos, traficantes de drogas, extorsionistas o explotadores de mujeres, pero allí nadie alzaba la voz y, menos todavía, empleaba medios físicos para discutir con su interlocutor.

Repentinamente, se abrió la puerta de su despacho y Lilian entró con paso rápido. Day se levantó en el acto al verla.

Estaba muy alterada, observó.

—¿Sucedé algo? —preguntó.

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—Wharton —contestó—. Acaba de morir.

—Pero sólo tenía un balazo en la pierna...

—Le han clavado una aguja en el corazón.

Day dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Ya no hablará —murmuró.

—Evidentemente —convino ella, desalentada—. Le han cerrado la boca, Roger.

—Había un policía en la puerta de su cuarto, Lilian.

—Roger, ¿qué se cree que es un Hospital General? Cientos de hombres y mujeres, con batas blancas, van y vienen constantemente por todas partes. El policía de vigilancia no puede detener a un supuesto médico o a una falsa enfermera que alegue va a atender al herido.

—Sí, es cierto —admitió Day, no menos desanimado—. Confiaba en que Charley se decidiese a hablar...

—Parecía un tipo muy duro.

—La perspectiva de pasar treinta años en la cárcel no le agradaba demasiado. Podíamos haber hecho un trato con él... con la audiencia del fiscal, claro.

—Ese trato ya está en el limbo de los imposibles, Roger —suspiró ella—. En fin, tendremos que proseguir por otro lado.

—Desde luego. —Day golpeó con un dedo la carpeta abierta que tenía sobre la mesa y añadió—: Hay un detalle común a todas las víctimas de la asesina profesional: todas se relacionaron con negocios de contratas del municipio. Directa o indirectamente, pero en ninguno de los muertos falla esta regla.

—Interesante —comentó Lilian—. ¿Qué supone que les ocurrió? Aparte de morir, claro.

—Los negocios sucios siempre levantan polvo. Luego llueve y se forma barro. Alguien está enfangado hasta el cuello y trata de deshacerse de gente que puede comprometerle. O tal vez se niega a plegarse a sus digamos «solicitudes» económicas.

—Me inclino a creer más bien lo primero —dijo ella—. Según

parece, las víctimas tenían pocos escrúpulos a la hora de hacer ciertos negocios. Pero sí podían hablar y eso no convenía al tipo que contrata a esa mortífera mujer.

—Sí, es lo más probable. Por cierto, ¿qué noticias hay de Crittenden?

—Esperaré cuarenta y ocho horas más. Si no ocurre nada, como hasta ahora, suprimiré la vigilancia.

—Quizá hemos pensado mal de él. Aunque una cosa es cierta: es el heredero de su esposa y ya no tendrá que temer le pidan cuentas de su actuación en el negocio.

—Por eso mantendré la vigilancia durante dos días más —contestó Lilian—. Otra cosa: tengo a un par de detectives, buscando rastros del compinche de Wharton. Fueron dos los que asesinaron a Dingley, recuérdelo.

—Si le echamos el guante, procuraremos que no le ocurra lo mismo que a Charley —prometió Day.

Cuando se dirigía al Kiro's,

por la tarde, notó que lo seguía un coche. Quizá eran aprensiones suyas, se dijo, un tanto nervioso, por lo que procuró despreocuparse. Luego, cuando se apeó a cierta distancia del local, el coche sospechoso se detuvo junto a la acera. Una mano asomó por la ventanilla.

—Venga, sargento.

Day volvió la cabeza, sorprendido. La portezuela trasera se abrió. El hombre que ocupaba el asiento posterior lo miró sonriendo.

—¿Tiene miedo de mí? —preguntó.

Day entró en el coche y se sentó junto al otro, un tipo gordo, de rostro brillante y con los dedos llenos de destellantes sortijas.

—Me pregunto qué habré hecho yo para llamar la atención del ilustre pero nada honrado Ben Boy Tipton —dijo.

El conductor, inmóvil en su puesto, no había vuelto la cabeza una sola vez, pero esperaba, sin duda, órdenes para poner el coche nuevamente en movimiento. Tipton presionó el botón y el cristal separador del asiento delantero ascendió silenciosamente.

—Me está molestando demasiado, sargento —dijo poco después

—. ¿Cuál es su precio?

Day respingó. Tipton se echó a reír.

—Me gusta ir directamente al asunto —añadió—. Vamos, hable sin rubor.

—Tengo un jefe...

Tipton hizo un gesto despectivo.

—Es sólo un bonito elemento decorativo —manifestó—. Usted es el tipo peligroso.

—Gracias por el buen concepto que tiene de mí, Ben Boy.

—Es lo que me digo siempre: «Si no puedes vencer a tu enemigo...».

—«... únete a él», ¿verdad? —completó Day la frase con sarcástico acento.

—No. Procuro que sea mi aliado, lo cual es muy distinto.

—Claro, así puede darle órdenes. En una alianza, hay siempre un miembro sobresaliente, que es el que dirige y mangonea el cotarro.

—El más capaz, por supuesto.

—Sí, pero usted tiene otro por encima, que también le da órdenes. ¿Por qué no me dice su nombre?

Los menudos ojos de Tipton se entornaron en la penumbra del coche.

—Al empezar la conversación, le hice una pregunta. Deme la respuesta, por favor —pidió con helada cortesía.

Day abrió la portezuela.

—Dígame el nombre de su jefe y le diré mi precio —sonrió.

—Los que trabajan para mí, no hacen preguntas: obedecen órdenes.

—¿Cómo Dingley? ¿Cómo Wharton? ¿Cómo el falso médico que le metió medio palmo de aguja en el corazón?

En el rostro de Tipton hubo un espasmo de cólera.

—Veo que no haremos trato —dijo—. Lo siento por usted.

—Cuando diga eso, mírese al espejo —se despidió el joven fríamente.

Luego, sacando el pecho, avanzó resueltamente hacia el Kiro's

situado escasamente a treinta metros de distancia.

Llevaba ya un cuarto de hora en un rincón del mostrador y todavía no había señales de que apareciese el misterioso comunicante que lo había citado en el lugar. Tras la barra, el gigantesco dueño, servía bebidas, sin descuidar la vigilancia de sus clientes, esparcidos en las mesas de la sala.

Un hombre, con gafas de color y un gran mostacho, se sentó de pronto junto al joven.

—Sargento... —murmuró.

Day se mantuvo impasible.

—Usted me llamó hoy, a mediodía.

—Sí, es cierto.

—No lo conozco, amigo.

—Me he disfrazado. No quiero que ojos indiscretos me vean hablar con usted.

—Entonces, ¿nos conocemos...?

—Soy Monk Horeman.

Day contuvo el aliento.

—Monk, no lo reconocería ni su padre —dijo.

—Soy huérfano —rió el sujeto—. En serio, quiero hacer un trato.

—Lo tienes mal, Monk.

—No he matado a nadie ni causado daños físicos. Hago chantaje, es cierto, y otras cosas tan poco honradas, pero no soy un asesino. ¿Acepta?

—Te están siguiendo constantemente...

—Y no conseguirán pruebas.

—Yo estaba a punto...

Horeman volvió a reír.

—Hubiera fracasado, pero, en fin, no voy a insistir. Hablemos del trato, sargento.

—Suponiendo que me digas algo interesante, el trato es que dejes la profesión, Monk. Tienes un negocio, una tienda que te rinde buenos beneficios, sin necesidad de explotar a los «primos».

Horeman meditó unos segundos. Al fin, dijo:

—De acuerdo. De todos modos, empiezo a cansarme ya del oficio. Demasiados quebraderos de cabeza, demasiados nervios... y ése es el camino seguro para el infarto. Sargento, le aseguro que lo que va a escuchar le resultará de enorme interés. Pero no me pida le diga mis fuentes de información, ¿está claro?

Day hizo un gesto de asentimiento. Horeman tomó un trago y continuó:

—Hace algunos años, una chica preciosa, llamada Audrey Offenhall, apellido de su esposo, perdió a éste en un tiroteo. Ella no sabía qué clase de tipo era su marido, aunque, enamorada locamente de él, habría disculpado cualquier barbaridad que hubiera podido cometer.

»Niels Offenhall estaba liado en asuntos de negocios muy poco claros y, aunque era uno de los personajes de más relieve de la organización, no era, sin embargo, ni el jefe ni tampoco pertenecía a lo que podríamos llamar junta directiva. Puesto que, según él, la mayor parte del trabajo recaía sobre sus hombros, pidió una participación mayor de los beneficios. Los jefazos se lo negaron. Todos cometieron un error, pero Offenhall el mayor, porque amenazó con irse de la lengua y eso, en esta clase de negocios, suele resultar fatal.

»Ella —prosiguió Horeman, tras un nuevo tiento a su vaso—, se enteró después de lo ocurrido. Según mis noticias, juró tomar venganza de los hombres que habían hecho asesinar a su marido. Durante algún tiempo, desapareció de la circulación y no se sabe qué hizo, aunque yo me imagino que, entre otras cosas, debió de tomar clases de tiro al blanco.

—Y, además, se compró un silenciador.

—El ruido lo hacen los periódicos —dijo el sujeto irónicamente.

—Es evidente. Pero ¿qué tuvieron que ver, por ejemplo, Edwina Calder y Jane Crittenden con la muerte de Offenhall?

—Formaban parte de esa junta directiva, lo mismo que Evney y Blanks.

—Crittenden, por ejemplo, hereda ahora todos los bienes de su esposa y su negocio.

—No llevará luto demasiado tiempo por su esposa.

—¿Y el marido de la Calder?

—Vivía a su costa. Nunca se metió en nada. Ella le suministraba dinero, a cambio de sexo. Tenía diez artos más que él.

—¿Qué me dices de Evney?

—Estaba asociado con Murphy Nolan. Era el amante de la señora Nolan. Además, hacía tiempo que había dejado ya aquella asociación. El negocio de Nolan rendía más y encima, se acostaba

con su esposa.

—¿Crees que Audrey Offenhall ha aprovechado todas estas circunstancias? —preguntó Day.

—No me extrañaría en absoluto.

—Pero ¿lo ha hecho sólo por vengarse o también por obtener un provecho económico?

—Hombre, no se puede desdeñar la segunda hipótesis. La venganza resulta más sabrosa si se la endulza con dinero.

—Comprendo. De todos modos, ella era ignorante de las actividades de su esposo, pero ha demostrado estar perfecta mente informada de las actividades de sus víctimas. ¿Quién le facilitaba esos informes?

—Habría que preguntárselo a Ben Boy Tipton, ¿no cree?

—¿Está metido en el asunto, Monk?

—Hasta más arriba de las cejas, sargento.

—Pero hay otro por encima de él.

Horeman se encogió de hombros.

—No me imagino quién pueda ser —contestó.

Day tenía un nombre en la punta de la lengua, pero no se atrevió a pronunciarlo. A fin de cuentas, no sólo era su superior, sino que no tenía ninguna mínima prueba en su contra.

—Si averiguas ese nombre...

—Ya le he dicho todo lo que sé —aseguró el sujeto.

—Un momento, por favor. La última pregunta, Monk.

—Diga, sargento.

—¿Qué aspecto tiene Audrey Offenhall? ¿Cómo podría reconocerla?

—Lo ignoro. No la he visto en los días de mi vida.

En aquel momento, Day concibió una idea. Tal vez, años atrás...

—Monk, ¿recuerdas la fecha en que murió Offenhall?

—Fue en marzo del ochenta y dos, aproximadamente.

—Gracias.

—Recuerde, hemos hecho un trato —dijo Harriman.

—Procuraré que el encargado de tu caso cierre los ojos. Pero tú has prometido dedicarte únicamente a tu tienda.

—Cumpliré esa parte del trato, sargento.

—Está bien, Monk.

Day puso un billete sobre el mostrador. Horeman y él se apearon

al mismo tiempo y caminaron hacia la salida.

—Monk —aconsejó el joven, cuando ya abría la puerta—, deshazte de todo lo que tienes ilegalmente en tu tienda. Destruye todos los documentos de chantaje. Si no lo haces así, te costará caro.

Horeman asintió, a la vez que cruzaba el umbral por delante del joven.

—Lo prometo —dijo solemnemente.

Dio un par de pasos por la acera y Day empezó a separarse de él. De repente, una mano armada con una pistola asomó por la ventanilla de un coche parado frente a la puerta del local.

El motor del automóvil emitió un fuerte rugido. Horeman, aterrado, saltó a un lado.

Fue un acto irreflexivo, completamente equivocado, por que paró con el pecho las tres balas que el pistolero destinaba para Day. El coche arrancó inmediatamente, mientras Horeman, tras lanzar un breve grito, se desplomaba en brazos del joven.

Horeman era un tipo corpulento y su caída sorprendió a Day, quien también rodó por el suelo. Cuando quiso rehacerse, el coche del asesino había desaparecido ya del lugar del suceso.

Day se puso en pie rápidamente. Horeman, tendido en el suelo, respiraba todavía, pero, al ver su pecho cubierto de sangre, Day comprendió que el sujeto ya no llegaría vivo al hospital.

CAPÍTULO X

Ocultos entre las sombras, Lilian y uno de los detectives, espían los movimientos del hombre. Blake Crittenden se acercó al surtidor e, inclinándose, dejó caer un paquete en el pequeño estanque.

Luego se enderezó y retrocedió por el mismo camino. Lilian le cerró el paso súbitamente.

Su placa brilló en la oscuridad de la noche.

—Policía —dijo—. No haga ruido ni tampoco un movimiento sospechoso.

El hombre se quedó helado. Otro se le acercó y le puso las esposas en las muñecas.

—Nos acompañará a Jefatura —indicó Lilian—. Pero antes aguardaremos a...

El otro policía tocó el brazo de la joven.

—Ahí viene alguien, teniente.

Lilian, pistola en mano, avanzó unos pasos. Una sombra oscura, lenta y cautelosamente, se acercaba al surtidor.

En la oscuridad, era imposible distinguir si se trataba de un nombre o de una mujer. De pronto, aquella sombra se inclinó hacia el surtidor.

—¡Alto, policía! —gritó la joven—. Quietos o disparo.

La sombra se irguió bruscamente. Estuvo así un segundo y luego, súbitamente, sacó algo y se vio brillar un casi silencioso fogonazo.

Lilian sintió un repentino escozor en el brazo derecho. Su revólver cayó al suelo.

La sombra escapó, sin dejar de hacer fuego. El otro policía disparó varios tiros. Crittenden, aterrado, gemía en el suelo.

—Lo diré todo... pero no me maten...

—Ha conseguido escapar —dijo Lilian momentos más tarde.

El detective metió la mano en el agua y sacó un paquete de

forma rectangular. Al encender su linterna para examinar lo, vio algo que le hizo dar un respingo.

—Está herida, teniente.

—No... no es nada —contestó Lilian.

Pero, de súbito, se sintió invadida por una intensa debilidad y tuvo que sentarse en el suelo.

—Pediré una ambulancia —dijo el detective. Agitó el paquete con la mano izquierda—. Esto parece dinero —añadió—. ¿Cuánto?

—Se dirigió al aterrado individuo que todavía yacía en el suelo boca abajo.

—Veinte mil dólares —contestó Crittenden desmayadamente.

Durante largo rato, Day estuvo contemplando la fotografía que tenía encima de su mesa. Era una copia fiel de una aparecida en una revista de dos años antes y al contemplar los rostros que aparecían en la reproducción, se sintió abrumado.

El interfono sonó de pronto.

—Sargento —llamó Lilian.

—Voy ahora mismo, teniente —contestó él.

Al levantarse, cogió la fotografía y salió de su despacho. Profundamente pensativo, atravesó la sala y llegó a la puerta de la oficina de Lilian. Llamó con los nudillos y esperó unos momentos.

—Pase —dijo ella, casi un minuto más tarde.

Lilian se disculpó.

—Estaba hablando por teléfono... Siéntese, Roger.

Day frunció el ceño al ver que ella tenía el brazo en cabestrillo.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó.

—Atrapamos a Crittenden, cuando iba a entregar veinte mil dólares a la asesina de su esposa. Hubo un intercambio de disparos y una bala me rozó la piel. Nada grave, por fortuna.

—¿Qué pasó con la mujer?

—Consiguió escapar.

—Lo siento.

—Crittenden confesó. Nos explicó el procedimiento que la asesina empleó para ponerse en contacto con él.

—Atraparemos a esa mujer, no le queda duda, Lilian.

—Eso es algo que no haremos nosotros y dudo mucho de que otro lo consiga —respondió la joven.

Day levantó las cejas.

—¿Tan pesimista se siente?

Impasible, ella le alargó un papel.

—Yo he recibido otro semejante —dijo.

Day leyó el contenido del documento. Al terminar, se sintió presa de una incontenible oleada de cólera.

—Pero no lo pueden hacer...

—¿No es usted experto en ordenadores? —dijo Lilian, con una punta de ironía en la voz.

—Cierto. Hice un curso años atrás y lo aprobé con máximas calificaciones.

—Por tanto, ahora le envían a dirigir la sección de ordenadores que controlan el tráfico. A mí me envían al depósito, ya sabe, ese almacén de trastos viejos, donde se guardan los objetos procedentes de robos y asaltos, en espera de que sean identificados por sus dueños. ¿Qué le parece la jugada, Roger?

—Asquerosa —calificó él crudamente—. ¿Quién lo ha ordenado, Lilian?

—El supervisor West, por orden y con la aprobación del jefe supremo —respondió ella.

Hizo un gesto de desaliento con la mano sana y agregó:

—Presiento que estábamos a dos dedos de destapar el pastel... West, sin duda, se lo ha olido... o tal vez sus amigos...

—Ben Boy Tipton —acusó Day instantáneamente.

—¿Lo cree así?

—Intentó comprarme. Al no conseguirlo, ordenó que me matasen. Sus pistoleros erraron el tiro; el muerto fue Monk Horeman, cuyo caso puede darse por cerrado, aunque yo ya había conseguido un pacto con él, a cambio de muy sustanciosos informes.

—Esos informes no le servirán de nada. Aunque los dejemos para nuestros sucesores, alguien paralizará la investigación.

—Quizá no —dijo Day, con repentino ímpetu—. Lilian, usted ha estudiado leyes para ingresar en la policía, un mínimo, claro, no la carrera completa de Derecho. También conoce el reglamento interior, como todos.

—Sí —admitió ella—. ¿Adónde quiere ir a parar?

Day le devolvió el documento de cese.

—Vaya a ver a West y dígame que el reglamento exige que todo

cese y traslado interior debe ser comunicado con, al menos, cuarenta y ocho horas de antelación.

—Pero eso no es cierto...

—El no lo sabe. Muéstrese enérgica; no se atreverá a contradecirle. Y dígale que, puesto que hoy es viernes, ya no tiene tiempo de hacerse cargo de un depósito, cuyo inventa rió quiere realizar a la perfección. En cuanto a mí, hace tiempo que no me tomo una jornada de descanso y tengo derecho a un fin de semana completo.

Los ojos de la joven chispearon.

—¿Cree que dará resultado?

—West entró en el departamento a «presión», esto es, por política. No tiene la menor idea de lo que es la policía, aunque haya adquirido algo de experiencia desde entonces. Insinúe algo acerca de la prensa y verá cómo acepta la petición. A usted la cambiaron hace muy poco de la sección administrativa. Algunos periodistas chismosos podrían preguntarse por qué dos cambios en tan poco tiempo. Accederá, se lo aseguro.

Lilian sonrió.

—Es una buena idea —dijo—. Pero ¿conseguiremos atrapar a la asesina, Roger?

Day arrojó la fotografía sobre la mesa.

—La tengo localizada —contestó—. Sin embargo, y no es inmodestia, antes de su arresto formal, preferiría un rato de conversación a solas con ella. En el momento oportuno, la haré una señal y usted podrá intervenir... antes de dedicarse a contar aparatos de radio y televisores robados en espera de ser reconocidos por sus dueños.

Lilian hizo un gesto de aprobación.

—Confío en usted, Roger —dijo.

Day colocó la cesta con las provisiones en el fondo de la canoa y luego hizo lo mismo con la nevera portátil. A su lado, Scarlett esperaba con la sonrisa en los labios.

La joven se había vestido apropiadamente para la ocasión: una blusa de manga muy corta y pantalones largos, negros y ceñidos, con zapatos de tacón bajo. En torno a su cabeza llevaba un pañuelo de vivos colores, lo que le confería un especial atractivo.

Day alargó una mano para que ella pasara a la embarcación, de

estilo indio. Soltó la amarra y luego se sentó en el banco posterior. Empuñando el canaleta, gobernó el bote hacia el centro del lago espejeante, rodeado de una masa de verdor casi lujuriente.

Scarlett se atusó con la mano un mechón de cabellos que se había salido del pañuelo.

—Es maravilloso —dijo—. Nunca había visto nada semejante, Roger.

—¿No habías estado aquí?

—No, es la primera vez y te prometo repetir la excursión.

—Celebro haber acertado. Si estuviésemos en la estación propicia, nos habríamos traído los trajes de baño.

—El agua estará muy fría, supongo.

—No nos helaríamos, pero tampoco resultaría agradable.

—Bueno, a veces, para nadar un poco, el traje de baño no es necesario —dijo Scarlett maliciosamente.

Day simuló un escalofrío.

—Volveré la cara si te tiras al agua, pero no esperes que lo haga yo —dijo.

—No pensaba hacerlo. Esperaré al verano.

—Por la noche. Si es durante el día, el lago estará atestado de botes y... de mirones.

—Soy una chica corriente, Roger.

—Algunos no pensarían así, Scarlett.

—¿Tú, por ejemplo?

Day continuaba bogando a uno y otro lado de la canoa.

—Eres muy bonita, en efecto —sonrió.

—¿Has traído cámara fotográfica?

El joven se dio una palmada en la frente.

—No tengo perdón de Dios —exclamó.

Scarlett se echó a reír. Abrió el bolso que había llevado consigo y sacó una pequeña cámara.

—Tiene dispositivo de tiempo, por si deseas hacerte una fotografía a mi lado.

—¿Una fotografía parecida a ésta?

Day sostuvo el remo con una sola mano, a la vez que, con la otra, sacaba del bolsillo una copia de la obtenida el viernes. Alargó el brazo y ella la tomó con moderada curiosidad.

Pero, de súbito, el rostro de la joven se quedó sin color. Day

había colocado el canaleta atravesado sobre sus rodillas y la canoa perdía arrancada rápidamente.

Sobrevino un denso silencio. Al cabo de unos momentos, ella levantó la vista y lo miró fijamente.

—¿Cuándo lo has sabido, Roger? —preguntó.

—El mismo viernes, poco después de haber estado en tu casa.

—Me retrataron durante el funeral por mi marido. Fue un suceso muy sonado.

—Y por eso mismo, tal vez, te has dedicado a vengarte de los que lo mataron.

Ella inspiró con fuerza y sus senos resaltaron rotundos contra la tela de la blusa.

—Estaba locamente enamorada de él. Creí que no podría sobrevivir, pero ya ves, continuó viviendo.

—Y vengándote de los que ordenaron su muerte.

—¿No se lo merecían?

—Y, además, ganando veinte mil dólares por cada asesinato, ¿verdad?

—También lo sabes, ¿eh? —dijo ella con voz helada.

—Crittenden ha sido capturado. Ha confesado.

—No me conoce. No me ha visto en la vida y no podrá acusarme.

—Encontraremos pruebas, Scarlett. ¿O debo llamarte Audrey?

La joven sonrió.

—También me llamo Scarlett, aunque a mi esposo le gustaba más el otro nombre. El apellido es el de soltera.

—Tú no conocías las actividades de tu marido. Lo creías un hombre honrado y resultó que no merecía el amor que le profesabas.

—Aunque lo hubiera sabido, no habría dejado de amarlo. Eso es algo que no se puede evitar, Roger.

—Supongo que tienes razón. Pero estabas muy bien informada de las actividades de tus víctimas. ¿Quién te pasaba los informes?

—Lo siento, eso es algo que no pienso decirte —contestó la joven.

—Entonces, caerás sola. Te guste o no, encontraremos pruebas en tu casa.

—Tengo otro apartamento en donde guardo... mis cosas —dijo

Scarlett burlonamente.

—Publicaremos tu fotografía. Alguien te reconocerá. Encontraremos ese apartamento.

—Es probable —admitió ella con pasmosa tranquilidad.

—Scarlett, dime, ¿no sentías remordimiento alguno después de cometer un asesinato?

Ella negó con la cabeza.

—En absoluto.

—¿Y antes? ¿No... te temblaba el pulso, por ejemplo?

—Siempre pensaba que él, o ella, claro, depende de la víctima, habían decretado la muerte de mi esposo. Debían pagarlo, compéndelo.

—No, no comprenderé nunca que se prive de la vida a un semejante, a menos que se trate de salvar la propia. Y, que yo sepa, nadie te amenazó ni te causó el menor daño después de la muerte de tu marido.

—Piensa lo que quieras, pero las cosas están ya así y nada ni nadie podrá alterarlas.

—Roger, ¿vas a arrestarme? —preguntó Scarlett.

Day hizo un gesto afirmativo. Ella emitió un nuevo suspiro.

—Lo siento. No puedo permitirlo —dijo.

Y metió la mano en el bolso.

Day adivinó lo que significaba aquel gesto: iba a sacar una pistola y matarlo allí mismo, sin tener tiempo de avisar a Lilian, quien aguardaba su señal en la orilla del lago.

Lilian tenía dispuesta una lancha a motor. La distancia era de un cuarto de kilómetro escaso. Llegaría en pocos segundos... pero ya sería tarde, a menos que hiciese algo para evitarlo.

CAPÍTULO XI

En el momento en que la pistola asomaba fuera del bolso, Day hizo un violento movimiento a un lado y la canoa volcó súbitamente.

Pillada por sorpresa, Scarlett no tuvo tiempo de reaccionar y cayó al agua, a la vez que lanzaba un chillido. Day se hundió en las profundidades, pero taloneó desesperadamente para emerger a la superficie cuanto antes.

Al asomar fuera, agitó un brazo, para llamar la atención de Lilian. La joven, que tenía unos prismáticos en la mano, contempló el vuelco de la canoa y corrió a la lancha.

Mientras, Day, haciendo un esfuerzo para dominar el frío que sentía a consecuencia de las ropas empapadas, se subía a la quilla de la canoa, que ahora flotaba boca abajo. Sacó el revólver y lo sacudió varias veces, a fin de expulsar el agua que hubiera podido entrar en el cañón. Luego, a horcajadas sobre la quilla, esperó a que Scarlett emergiera del fondo de las aguas.

Pero el tiempo pasaba y la joven no daba señales de vida. Lilian llegó en aquel momento y detuvo su lancha, con gran alboroto de espumas.

—¡Roger! ¿Te encuentras bien? Lo he visto todo desde la orilla...

—Intentó matarme y volqué la canoa a propósito, pero no la he visto salir.

—¿Crees que se ha ahogado?

—Sabía nadar. Al menos, dio esa impresión cuando mencionamos la posibilidad de un baño...

—Tal vez recibió un golpe al volcar la canoa y perdió el conocimiento —opinó Lilian.

Day le arrojó su revólver y se quitó la cazadora que había llevado puesta hasta aquel momento.

—Si es así, estará en el fondo —dijo—. Hay unos diez metros y creo que llegaré sin dificultad.

—Date prisa o no podremos reanimarla —le urgió ella.

El joven se deshizo asimismo de los zapatos y, sin vacilar, se lanzó de cabeza al agua, braceando enérgicamente para alcanzar el fondo del lago, a la vez que mantenía los ojos abiertos a fin de poder ver el cuerpo inanimado de Scarlett.

En el fondo había gran cantidad de plantas acuáticas y movió los brazos, separando la espesa vegetación, hasta que sintió que los pulmones estaban a punto de estallarle. Entonces, volvió a la superficie y se agarró con ambas manos a la borda de la lancha.

—No veo nada —exclamó, mientras se limpiaba los ojos con una mano.

Lilian consultó su reloj.

—Han pasado ya más de tres minutos. Es imposible que haya sobrevivido —dijo.

—Avisaremos para que vengan a rastrear el fondo del lago, ¿te parece bien?

—Sí, desde luego.

—De todos modos, lo intentaré de nuevo. Ella ha dicho bastante, pero no lo suficiente.

—Si na muerto, ya no conseguirás nada, Roger.

Day volvió a sumergirse un par de veces, explorando las inmediaciones del punto en que se había producido el vuelco de la canoa, sin obtener el menor resultado positivo. Al fin, se izó a la lancha y aceptó la manta que le tendía Lilian.

—Estoy tiritando —confesó—. Nunca pensé que el agua pudiera estar tan fría...

—Aún no ha llegado el verano. En la orilla podrás pedir algo de licor.

Day volvió la vista hacia atrás un momento. La canoa continuaba en la misma posición. Había notado ciertas corrientes en las proximidades del fondo del lago. El cuerpo de Scarlett habría sido arrastrado y...

—Lilian —dijo de pronto.

—¿Sí, Roger?

—Ella habló de otro apartamento, donde guarda las cosas que podrían comprometerla.

—¿Te dio esa dirección?

—No, pero creo que, si registramos a fondo el suyo, podremos encontrar alguna pista. Era una mujer cuidadosa, pero ya conoces el refrán: «La policía puede cometer cien errores, pero al criminal le basta con uno solo».

Liban hizo un gesto de asentimiento.

—Esperemos que ella haya cometido ese error —dijo—. Así podremos echar el guante al que le facilitaba los informes para asesinar a sus víctimas.

—Vivía obsesionada por la muerte de su esposo. Quienes lo mataron, no sabían que, en aquel momento, habían sentenciado a una mujer a matarlos a ellos mismos.

Llevaban ya tres horas, revisando minuciosamente el apartamento, sin dejar un solo rincón por escudriñar y empezaban a sentirse fatigados. Para aliviar la tensión. Liban dijo que se iba a la cocina a preparar algo de café.

—Y algo de comer, si quieres. A ella no le importará demasiado —añadió.

—Café, es suficiente —contestó él.

Liban entró en la cocina y enchufó la cafetera termo, después de haberla llenado de agua. Luego buscó el bote de café.

Una vez la infusión en marcha, se dijo que el azúcar era necesario. Encontró el bote y lo destapó, para verter en un azucarero parte de su contenido. Al hacerlo, vio un trocito de papel que asomaba entre la sustancia blanca.

Invadida por la curiosidad, tiró del papel y lo sacó. Era el recibo del alquiler de un apartamento, a nombre de Mary Jones.

Liban lanzó un chillido.

—¡Roger!

El joven acudió a la carrera.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmado.

Ella levantó el papel triunfalmente.

—El error del criminal —dijo—. Un recibo de alquiler de un apartamento situado en la calle Décima, a nombre de una tal Mary Jones.

Day sonrió.

—Sí, el error del criminal, aunque está ya muerto —con vino—. ¿Vamos allá?

—¿No tomamos café primero? Unos minutos más o me nos... — Liban miró la hora en su reloj—. Son las siete; tenemos tiempo incluso de tomar un bocadillo.

—Como quieras —suspiró él—. Bien mirado, tengo el estómago vacío. Desde el desayuno, y eran las siete de la mañana, no he probado bocado.

Media hora más tarde, embarcaban en el coche del joven. Liban había llamado por teléfono a su oficina. El cuerpo de Scarlett no había sido encontrado todavía.

Un par de submarinistas de la Policía habían buceado largo rato, abandonando al fin la operación, al convencerse de que el cadáver de Scarlett no aparecería, al menos por el momento.

—Hasta que se inicie la descomposición y los gases *inter nos* provoquen la flotabilidad del cuerpo. Entonces, emergerá a la superficie —había dicho el forense consultado sobre el particular.

En pocos minutos, estaban en la calle Décima. Entonces, Liban se preguntó cómo iban a entrar, si no tenían llave del apartamento.

Day sonrió con suficiencia.

—Déjalo de mi cuenta —pidió—. Por mi profesión, he tenido que entendérmelas con profesionales capaces de abrir la bóveda de un Banco sólo con una horquilla para el pelo.

De pronto, se volvió hacia la joven y la miró sin dejar de sonreír.

—Liban...

—Dime, Roger.

—Nos estamos tratando de una forma... harto familiar, ¿no te parece?

—¿Es algo malo? —rió ella.

Day suspiró.

—Tendremos que volver al tratamiento protocolario a partir de mañana —dijo.

—No está prohibido que una teniente y un sargento se traten... afectuosamente, ¿verdad? —contestó ella con acento malicioso.

—¿Soltera, teniente?

—Empiezo a pensar en que no debo aplicarme tanto a mi profesión y pensar más como una mujer corriente.

—¿Matrimonio, marido, hijos y una casita?

—Si la ocasión se presenta, no la dejaré pasar de largo.

—¿Se ha presentado antes?

Lilian hizo un gesto vago.

—No de una forma particularmente interesante —contestó—. Pero no estamos aquí para hablar de problemas personales, me parece.

—Tienes razón —concordó él—. Tiempo quedará para ello, Lilian.

Poco después, Day abrió la puerta del apartamento señalando en el recibí.

Era una casa corriente, con una decoración en serie, el tipo de apartamento barato, de alquiler bajo y escasa atención por parte del administrador, se dijo el joven, mientras examinaba el interior con ojos críticos.

En esta ocasión, no perdieron demasiado tiempo en encontrar lo que buscaban. A Lilian, sin embargo, le extrañó ver dos máquinas de escribir, manuales de tipos muy distintos, así como dos clases de papel.

—Con una máquina enviaba la sugerencia a la persona que sabía tenía interés en deshacerse de un «estorbo» —dijo Day—. La otra servía para las instrucciones acerca de la entrega del dinero.

—¿Y esto? —exclamó Lilian, blandiendo una pequeña pila de papeles escritos a máquina y con un tipo diferente al de las dos que había en el apartamento.

—A ver, permíteme —dijo él.

Lilian le entregó una de las hojas. Al terminar su lectura, Day la miró estupefacto.

—¿Cómo es posible tanta estupidez? —exclamó, a la vez que golpeaba el papel con el dedo índice—. Aunque escrito a mano, está firmado...

—Hay una explicación —dijo Lilian.

—¿Sí? A ver, dímelo, porque no concibo a nadie en este mundo que sea tan idiota como el firmante de ese informe.

—Ella debió de ponerlo como condición, cuando se lo propusieron. Quienes planearon la muerte de su marido eran cuatro, dos hombres y dos mujeres, y todos ellos relacionados con... el firmante, a quien ya empezaban a estorbarle. El autor de los informes decidió eliminarlos, pero no podía emplear a gente, digamos, conocida.

—Por ejemplo, esbirros de Tipton.

—Exacto. A ti te podían atacar sus pistoleros, pero la cosa habría resultado demasiado sospechosa si esos tipos se hubieran dedicado a matar a las víctimas de Scarlett. De este modo, se despistaba a la Policía, además de darle una nota de misterio al asunto. Pero ella exigió los informes por escrito y firmados, para cubrirse algún día, en el supuesto de que las cosas se le pusieran cuesta arriba.

—Ahora ha muerto —dijo Day pensativamente.

—Sí, pero estas hojas acusan al firmante de manera irrefutable. Hay detalles de los menores movimientos de las víctimas, sin contar con que todas ellas tenían, además, personas muy allegadas a quienes estorbaban y que, en cierto modo, aunque ignorándolo, colaboraban con... el firmante.

—Digámoslo claro de una vez, Lilian: con Mark West.

—Bueno, ya no hay motivo para callar ese nombre —son rió ella.

—Los informes están, al menos, firmados por West. Pero, ¿quién se los facilitaba?

—Tipton, naturalmente. No iba a recurrir a gente del Departamento ni tampoco a una agencia privada —contestó Lilian.

—Un tipo muy astuto —calificó Day—. Necesitaba deshacerse de cuatro personas que podían comprometerlo o que tal vez empezaban a presionarlo, pero, al mismo tiempo, sabía que no era el único en desear su desaparición.

—Por tanto, se las ingenió para, digamos, seducir a los que compraron los servicios de Scarlett y así, excepto por estos papeles, su reputación quedaba a salvo. Scarlett no lo iba a descubrir, naturalmente, y si se averiguaba algo, las culpas recaerían en quienes habían pagado a la asesina.

—Este tinglado ya se ha venido abajo —dictaminó Day—. ¿Cuándo te parece que destapemos el pastel?

—West estará en su casa. Lo sé positivamente y, como aceptó retrasar mi cese, todavía tengo autoridad para arrestarlo.

—Un policía siempre tiene autoridad para un arresto, en el caso de que las sospechas resulten muy próximas a la evidencia.

—Roger, esto es una discusión académica innecesaria —sonrió la joven—. ¿Te gustará ver la cara que pone West cuando le enseñemos estos documentos?

—Nada podría causarme mayor placer —respondió el joven.

Momentos después, corrían escaleras abajo. Al llegar a la calle, Day se acercó a su coche, pero, antes de abrir, miró a la joven.

—De todos modos, no concibo que un hombre como West, que no es un tonto, precisamente, pudo comprometerse de manera tan grave, firmando esos papeles.

—Hay una explicación muy sencilla, creo yo —respondió Lilian—. Ella lo sedujo o tal vez West la buscó... y Scarlett accedió a sus pretensiones, con esa condición. West es un tipo que enloquece por las faldas y Scarlett, tengo entendido, es una mujer muy guapa. ¿No te ha dicho a ti nada al respecto?

—Ni siquiera se me ocurrió preguntarlo, debo admitirlo.

—Es la única explicación. Ella quería venganza... y no olvidemos que West es uno de los implicados en el asesinato de Offenhall. Scarlett simularía que no lo sabía y se dejó conquistar, bajo esa condición, claro.

—O sea, al terminar con los demás, Scarlett hubiera enviado esos papeles a la Policía.

—Es lo que yo creo que debió pensar ella —dijo Lilian—. De todos modos, ya no podremos preguntárselo.

Day puso el coche en movimiento.

—Pero no consigo explicarme cómo pudo morir tan pronto. Aunque hubiese quedado atontada por un golpe recibido al volcar la canoa, yo la habría encontrado, puesto que nos sumergimos al mismo tiempo...

De súbito, lanzó una sonora exclamación:

—¡Lilian está viva!

La joven se volvió vivamente.

—Roger, no digas...

—La canoa —contestó él, muy excitado—. Quedó boca abajo y había espacio suficiente para que Scarlett se refugiara en ese hueco, con aire suficiente para respirar hasta que oyó el motor de tu lancha que se alejaba de allí. Incluso permaneció mucho más rato, hasta tener la seguridad de que podía llegar a tierra sin ser vista.

CAPÍTULO XII

El coche se detuvo suavemente en el lado opuesto de la avenida. Desde el interior, Day y Lilian pudieron ver las luces de la planta baja de la casa donde vivía West.

—Todavía está levantado —dijo ella.

—Sólo son las nueve de la noche —puntualizó Day.

—Son las luces de la planta baja. El salón, más concreta mente, Roger.

—Estará con su esposa...

—Se divorció el año pasado.

—Entonces, tendrá alguna visita femenina.

Una sombra cruzó de repente por delante de una de las ventanas.

—Ahí está —exclamó Lilian.

—No —contradijo el joven—. Ése no es West. Me parece que es...

De pronto, se echó a reír.

—Resultaría gracioso atraparlos a los dos juntos, ¿no te parece?

—¿Te refieres a Tipton?

—Sí, encanto.

—Pero él siempre lleva guardaespaldas...

—La última vez, iba solo con un chófer. Posiblemente, su coche y el conductor están al otro lado de la casa.

Lilian abrió la portezuela del automóvil.

—Hay un modo de averiguarlo, Roger.

—Sí, tienes razón.

La casa estaba rodeada de un amplio jardín y avanzaron a lo largo del sendero central que conducía a la entrada principal. Day se dispuso a tocar el timbre, pero ella le cortó el gesto, sujetándole la mano.

—El rango —sonrió.

—Es verdad —contestó él—. El superior, primero.

Lilian presionó el timbre y al otro lado de la puerta se percibió el sonido de una campanilla. Dentro de la casa se oyeron ciertos ruidos extraños.

—Entra tú y empieza a hablar —aconsejó Day en voz baja—. No quiero que Tipton se largue.

Ella asintió. Day corrió hacia la esquina y luego se acercó al coche situado junto al garaje.

Un hombre salió corriendo por la puerta trasera. Day le encañonó con el revólver.

—No tenga tanta prisa, Ben Boy —dijo—. Vuelva a entrar en la casa; va a ocurrir algo muy interesante y quiero que esté presente.

El chófer, tras el volante, empezó a volverse. Day hizo un gesto con la mano izquierda.

—Sal con los brazos en alto —ordenó—. No hagas ningún movimiento sospechoso o te mando al otro barrio.

En los ojos de Tipton latía una furia infinita.

—Sargento, esto le costará muy caro —dijo—. Le acusaré de arresto injustificado...

—Afrontaré los riesgos —cortó Day fríamente—. Y ahora, los dos, por favor, y con las manos sobre la cabeza, en tren en la casa.

Tipton y su esbirro obedecieron la orden. Day los registró rápidamente, despojándolos de sendas pistolas.

Luego entraron en la casa y, tras cruzar la cocina y un corredor, llegaron a la sala en donde Lilian, pistola en mano, mantenía a raya a West.

—Haré que los expulsen de la Policía —rugió West, apenas vio al joven detrás de los otros dos hombres—. Este ultraje inadmisibles... No lo dejaré pasar por alto...

Day sonrió desdeñosamente.

—¿Teniente?

Lilian guardó su revólver en el bolso y extrajo un puñado de papeles, que situó delante de los ojos de West.

—¿Reconoce su firma, supervisor?

El rostro del sujeto perdió el color instantáneamente. Sus labios temblaron de forma casi convulsiva.

Tipton frunció el ceño.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada que se refiera a usted directamente —contestó Lilian—. Pero también le voy a detener.

—¿Acusado de...? —dijo el hampón con fingida indiferencia.

—Homicidio, en la persona de un tal Horeman, además de otras cosas que saldrán a relucir cuando el fiscal interrogue al señor West. Su defensor, Ben Boy Tipton, tendrá mucho trabajo a partir de ahora, puedo garantizárselo.

—Este pájaro —intervino Day, señalando al chófer—, también tendrá mucho que decir... como cómplice en la muerte de Horeman y tal vez, también, en la de Dingley.

—¡A mí no me metan en líos! —exclamó el conductor, muy asustado—. Yo no he hecho nada...

—Excepto conducir el coche de un asesino, ¿verdad?

—Yo no sabía nada. Él me dijo que volviera a pasar por delante del
Kiro's.

¿Cómo podía suponer que iba a emprenderla a tiros con un hombre?

—De modo que fue él —sonrió Day.

—Si —acusó el hombre. Lo hizo él, y lo juraré delante de quien sea.

Day se volvió hacia Tipton.

—Por lo visto, tenía tanta prisa en deshacerse de mí, que no le quedó tiempo para llamar a sus pistoleros, ¿verdad?

La cara de Tipton aparecía pálida, pero el sujeto se mantenía firme.

—Esa declaración no sirve de mucho en un juicio —con testó.

—Tal vez sí, tal vez no..., pero fuera ha dejado usted una pistola y se compararán sus balas con las que se encontraron en el cuerpo de Horeman. Y las huellas dactilares...

Tipton pareció perder buena parte de su serenidad.

—¿Por qué... por qué no hablamos con más calma? Yo podría hacerles a los dos unas ofertas... muy interesantes.

—¡Sí, sí! —gritó West—. Todo se puede arreglar... con grandes beneficios para ambas partes... ¿No le parece, teniente Baxter?

Lilian volvió los ojos hacia Day.

—¿Qué opinas tú, Roger? —preguntó risueñamente.

—Teniente, queme esos papeles y le prometo que... —jadeó

West.

—¿Le exigió que los firmase la señora Offenhall? —preguntó Day.

Los labios de West se contrajeron.

—Esa maldita zorra... Me obligó...

—¿De veras? ¿No lo hizo usted por la ambición de deshacerse de cierto grupo de personas que le estorbaban, porque algún día, tal vez, podrían sacar a la luz sus trapos sucios, incluyendo el asesinato de Offenhall?

—No se puede demostrar nada, sargento —dijo West, es forzándose por recobrar la serenidad.

—Tampoco será necesario —sonó de pronto una voz de mujer en la entrada del salón—. Roger, tira tu revólver, por favor. No me obligues a disparar contra ti, te lo ruego.

La brusca intervención de Scarlett provocó un silencio casi absoluto. Day vaciló un instante, pero acabó por dejar caer el arma al suelo.

—Esta mañana ibas a matarme —acusó.

—Lo siento. Perdí la cabeza.

—Ahora estás con tus amigos. ¿Por qué no disparas? Ellos se librarán...

—No me interesa que se libren de lo que les va a caer encima —respondió Scarlett—. Has estado en el otro aparta mentó, ¿verdad?

—Encontramos los informes que te facilitó West. Ahora ya no hay dudas sobre su complicidad en los asesinatos que has cometido.

—Esos cerdos no merecían vivir —contestó la joven con gran vehemencia.

—Son puntos de vista, claro. —Day empezó a pensar en la forma mejor de desviar la atención de Scarlett—. Te dimos por muerta —añadió—. ¿Cómo conseguiste salvarte?

En su fuero interno, Lilian aprobó la actitud del joven, al no mencionar que ya habían deducido que Scarlett seguía con vida.

—Fue muy sencillo —explicó Scarlett calmadamente—. Al caer al agua, perdí mi pistola. Abrí los ojos y vi que te sumergías casi hasta el fondo. Entonces, me refugié debajo de la canoa, donde había aire suficiente y me tendí horizontal mente, por la parte interior de los dos bancos. Calculo que, al mirar desde abajo, la canoa debía de verse como una silueta oscura, pero sin detalles que

permitieran suponer que yo me había refugiado allí.

—Una explicación completamente lógica, señora Offenhall —terció Lilian—. ¿Y después?

—Dejé pasar un buen rato. Luego, nadando entre dos aguas y antes de que se iniciaran las operaciones de rastreo, pude llegar a la orilla, en un punto situado a distancia del embarcadero. Hay bosques muy espesos en la tierra firme y pude esconderme sin dificultad, hasta el atardecer. Un automovilista amable me trajo hasta la ciudad...

—¿Y la pistola que tienes? —quiso saber Day.

—West me proporcionaba armas, siempre que se lo pedía... con buenas maneras —rió Scarlett.

—En la cama —dijo Lilian crudamente.

—Bueno, algo había que dar, para recibir lo que deseaba. ¿Verdad, cariñito? —dijo Scarlett burlonamente, con la vista fija en el supervisor.

—Scarlett, tenemos que hacer algo —gimió West—. Ellos tienen los informes que yo te daba...

Tipton permanecía silencioso, con las mandíbulas contraídas. Su chófer, muy asustado, se había retirado a un rincón. A Day le dio la sensación de que el tipo sólo pensaba en escapar de allí como fuera.

De repente, West alargó la mano y arrebató el bolso a Lilian. Luego lo abrió, pero en lugar de sacar los documentos, como suponía Day, extrajo un revólver de la joven.

Scarlett disparó dos veces a cuatro pasos de distancia.

—Cerdo —le apostrofó.

Tipton aprovechó el momento de distracción de Scarlett y se apoderó del revólver del joven. Antes de que Day pudiera impedirlo, apretó el gatillo.

Scarlett lanzó un gemido y se llevó la mano izquierda al estómago. Tipton hizo fuego de nuevo. Mientras sus rodillas se doblaban, Scarlett volvió el arma y disparó.

La bala alcanzó a Tipton entre los dos ojos, haciéndole dar un espantoso salto hacia atrás, antes de caer al suelo, fulminado. Day recobró su revólver, pero muy pronto vio que no tendría necesidad de utilizarlo.

West gemía sordamente.

—Me muero... Un médico...

Day se acercó a él y meneó la cabeza.

—Tiene suerte. Tardará, pero se curará y podrá sentarse delante de un juez —dijo severamente.

Tipton ya no se movía. Tendida en el suelo, Scarlett res piraba con dificultad. Day vio sus heridas y supo que le quedaban pocos momentos de vida.

Lilian se había rehecho y, recobrado su revólver, encañonaba al conductor de Tipton.

—No se mueva. Necesitamos su declaración, y le conviene o le acusaremos de complicidad en el asesinato de Horeman —exclamó.

El hombre continuaba con las manos en alto.

—Diré todo lo que he visto —contestó.

Sin perderlo de vista, Lilian se acercó al teléfono y lo levantó. Después de marcar el número deseado, miró al joven.

Day estaba arrodillado junto a Scarlett. Ella abrió los ojos en aquel momento y sonrió.

—Roger..., siento haber tenido intención de matarte... Me habías resultado muy simpático.

La voz de la joven se apagó de repente y sus ojos se quedaron fijos en el techo. Al cabo de unos segundos, Day notó que su respiración había cesado y le cerró los ojos.

Fuera, se escuchaba ya el sonido de una sirena que se aproximaba rápidamente. Day se acercó a Lilian, la miró a los ojos y esbozó una sonrisa, a la vez que apretaba su brazo con una mano.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bien, Roger. ¿Y tú?

Day suspiró.

—Impresionado todavía, pero ya se pasará —respondió.

Estaba sentado ante su mesa, cuando, de pronto, sonó el interfono y tocó la tecla de contacto.

—¿Sí? —dijo.

—Sargento Day, venga inmediatamente a mi despacho —ordenó Lilian.

—Bien, teniente.

Momentos después, Day entraba en la oficina. Cerró la puerta y luego, con aire desenvuelto, se sentó en una esquina de la mesa.

—A su disposición, teniente —dijo.

Lilian le miraba sonriendo.

—Sargento, he decidido invitarle a cenar esta noche en mi casa, a fin de que conozca a mis padres —manifestó.

—¡Qué casualidad! Yo había pensado lo mismo, teniente.

—Ah, quería conocerlos...

—No; quería que usted conociera a mi madre. Prepara unos guisos capaces de resucitar a un muerto.

—Bueno, no tengo inconveniente, pero yo he formulado la invitación en primer lugar, así que...

—Pero yo ya lo había pensado desde ayer, cuando iba a dormir.

Lilian simuló preocupación.

—Un problema bastante difícil de resolver —dijo.

—Puede resolverse sin demasiados apuros —opinó él.

—¿Cómo, Roger?

—La solución de Salomón.

—Oye, no irás a decir que debo partir a mis padres en dos mitades...

—Por supuesto que no —rió él—. Quiero decir que podemos irnos a cenar los dos solos, a cualquier parte. Ya tendremos tiempo de conocer a las respectivas familias, ¿no te parece?

—Acepto la solución —contestó ella—. ¿Has olvidado...? —preguntó de repente.

—No llegué a impresionarme demasiado —contestó él, al adivinar el sentido de la pregunta.

—Lo celebro, Roger. Y ahora, ayúdame a resolver una duda.

—¿Qué te ocurre?

—¿Debo dimitir?

—¿Por qué? Has conseguido un gran éxito y te has forjado una reputación. Una dimisión resultaría inapropiado...

—A menos que pidas mi mano, claro.

—Podemos casarnos y seguir en el oficio.

Ella hizo un gesto negativo.

—No, no quiero seguir aquí, y no lo digo solamente por dedicarme a mi hogar. —Lilian golpeó la mesa con el índice—. Este puesto es para ti, Roger, con el grado correspondiente, claro.

—¿Me han ascendido? —se sorprendió él.

—Mañana se conocerá la decisión oficial. Pero no tendrás necesidad de venir a este despacho hasta...

—¿Cuándo, Lilian?

Ella le dirigió una sonrisa deslumbradora.
—Hasta después de la luna de miel —contestó.

FIN

GAÑE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE

APELLIDOS.....

CALLE.....No

POBLACION

PROVINCIA.....

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA.....

PLAZA O CALLENo

POBLACION

PROVINCIA.....

● INSTRUCCIONES DEL
CONCURSO EN EL INTERIOR.



8 410018 024127

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA



